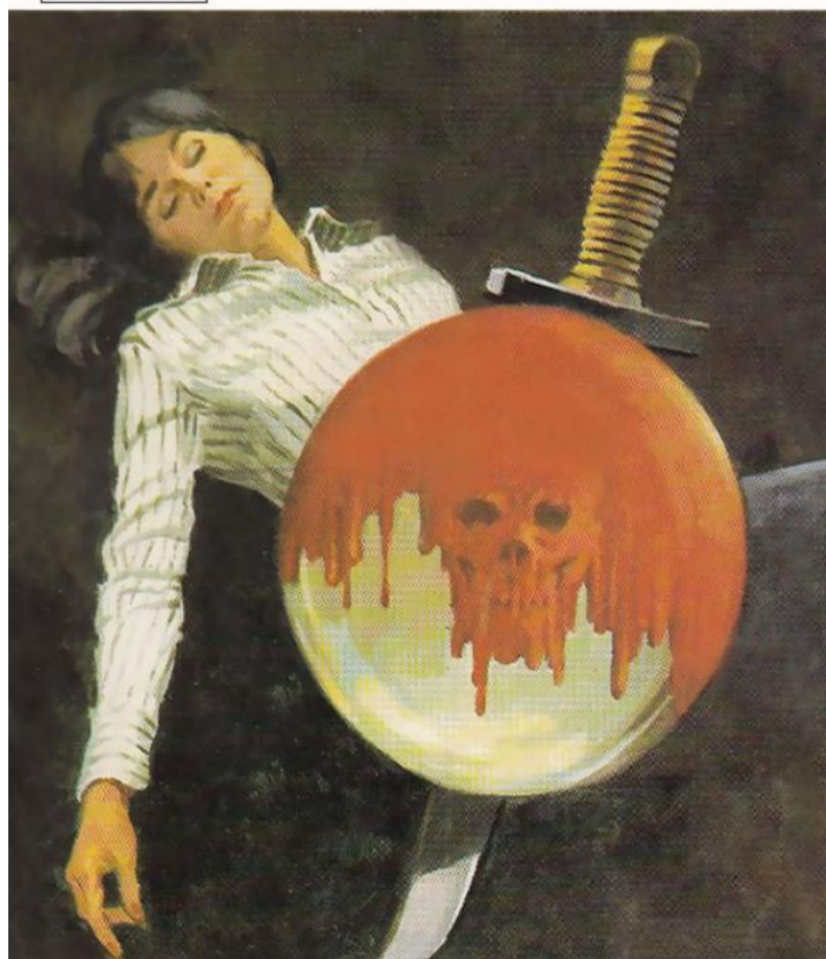


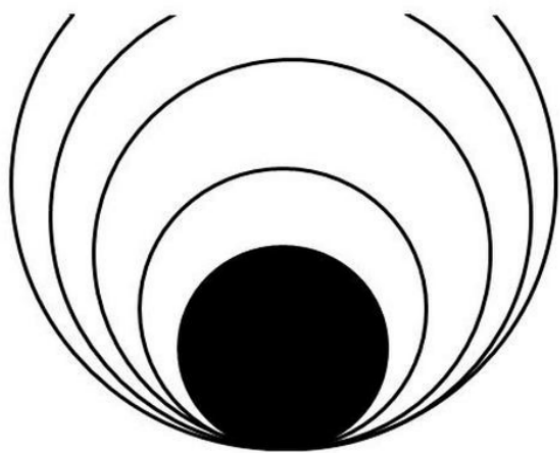
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LA BOLA DE CRISTAL COLOR DE SANGRE

Clark Carrados





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.789 - Abogado de revólver.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.643 - Cabeza de oro.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.658 - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección KANSAS:

1.030 - Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 - Contratados para morir

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO.

1.036 - Lou Bell, pájaro de cuenta.

En Colección COLORADO:

1.069 - Unidos por el odio.

CLARK CARADOS

**LA BOLA DE CRISTAL
COLOR DE SANGRE**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1041
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 5.746-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1982

1ª edición en América: octubre, 1982

© Clark Carrados - 1982

texto

© Martín - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Los hombres surgieron de la oscuridad y la atacaron cuando menos lo esperaba. Mary Stiller empezó a gritar en demanda de auxilio, pero una mano tapó su boca, cortándole la voz en el acto.

Otras manos la agarraron por distintas partes del cuerpo, tratando de levantarla en peso. Mary se resistió con todas sus fuerzas.

Movió el pie derecho. Un hombre se quejó y dio dos pasos hacia atrás con las manos en la entrepierna, quejándose como un animal herido. Los otros dos, en total eran tres los que atacaban a la muchacha, continuaron el forcejeo y, a pesar de la denodada resistencia de Mary, empezaron a llevársela hacia el automóvil que había a poca distancia.

Mary consiguió liberar una mano y metió el pulgar en un ojo.

Se oyó una blasfemia. Mary empezó a recobrar los ánimos. Ya sólo era uno el que la sujetaba.

La mano de este individuo rasgó sus ropas y el hermoso pecho de la joven quedó al descubierto. Ella se indignó.

—¡Cochino!

Pero los otros dos sujetos, en parte recuperados, volvieron a la carga con nuevos bríos y esta vez Mary se vio perdida.

La situación cambió repentinamente. Alguien tosió en las inmediaciones.

—Caballeros, eso que están haciendo no está bien —dijo alguien muy educadamente.

Hubo un momento de indecisión entre los asaltantes. No menos asombrada que éstos, Mary tendió la vista hacia el hombre que acababa de hablar.

Era muy alto, esbelto, y vestía de una forma singularmente extraña, al menos, dado el lugar y la hora. Su indumentaria consistía en un frac, con capa y esclavina, sombrero de copa y

bastón con puño de marfil. En la mano izquierda sostenía una caja de cartón, por medio de un asa.

—Vaya —dijo uno de los asaltantes, no menos asombrado que la muchacha—, ¿de dónde sale este figurín?

—¿Es de carne y hueso o lo estamos soñando? —preguntó el que estaba situado detrás de Mary, sujetándola por los hombros.

—Les aconsejo que se marchen inmediatamente —dijo el elegante caballero, sin alzar el tono de su voz.

—Dale, Boko —gruñó uno.

Boko Gratton era un sujeto enorme, con el aspecto de un gorila al que le hubiesen vestido con ropas actuales. Avanzó hacia el hombre del sombrero de copa, pero éste manejó el bastón y le golpeó con el puño en la casi inexistente nariz que había en el centro de su rostro simiesco.

Boko lanzó un rugido. Otro de sus compinches se abalanzó contra el caballero. En la oscuridad de la noche se vio brillar una navaja automática.

La caja de cartón se alzó como escudo cuando el rufián lanzó un venenoso golpe al pecho del caballero. Éste, con la mano derecha, movió el bastón de nuevo.

Pero ahora, en lugar de golpear, el bastón se convirtió en una serpiente. El rufián lanzó un aullido de espanto y huyó.

Gus Mainee sujetaba a Mary y se quedó atónito al ver el reptil que se agitaba en la mano del elegante individuo. La caja de cartón, mientras tanto, había caído al suelo, aunque la tapa, sujeta por el asa, seguía en manos de su dueño. Mainee soltó a la muchacha, sacó una pistola y apuntó con todo cuidado.

La serpiente le saltó al rostro. Mainee lanzó un alarido de espanto y se cubrió la cara con las manos. Retrocedió, tambaleándose.

Boko estaba recuperándose. Lanzó un gruñido bestial y cargó de nuevo contra el caballero. Éste se quitó el sombrero de copa y lo hizo girar horizontalmente en el aire. El borde del ala golpeó a Boko en la garganta y le hizo retroceder, emitiendo ruidos ininteligibles.

De pronto, Mary lanzó un agudo grito:

—¡Se llevan mi bolso!

Mainee había echado a correr, portador del bolso de la

muchacha. El caballero no se inmutó.

Mary se sentía pasmada y vio a su salvador inclinarse y sacar de la caja abierta una esfera de brillante color rojo. Era una bola de unos veinticinco centímetros de diámetro que partió raudamente por los aires, en un vuelo que terminó justamente en el cráneo del ladrón.

Mainee se desplomó fulminado, a la vez que la bola estallaba en mil pedazos. Ahora fue Boko el que se lanzó a la recuperación del bolso.

El caballero tampoco se inmutó esta vez. Dio un golpe a la parte superior de su sombrero de copa y lo dejó reducido a un disco, que salió también volando por los aires. Boko creyó que le cortaban el cuello por segunda vez.

Cayó sobre su compinche, en medio de los restos de la esfera de cristal rojo. El caballero fue en busca del bolso y regresó con él.

—Aquí lo tiene usted, señorita —dijo.

Mary le miró agradecida. De pronto, se dio cuenta de algo.

—Oh...

Estaba desnuda desde la cintura para arriba. Los restos de su vestido yacían dispersos por el suelo.

El caballero se quitó galantemente la capa y cubrió el cuerpo de la muchacha. Luego metió la mano en el interior de su frac y sacó un hermoso ramo de flores, que puso en manos de la asombrada muchacha.

—Con los más expresivos saludos de Urphex el Grande, señorita.

Ella se sentía estupefacta. Nunca había visto nada semejante. ¿Era un mago el hombre que tenía frente a sí?

Parecía bastante joven, no debía de tener más de treinta años, y su brillante sonrisa era muy atractiva y, sobre todo, tranquilizadora. Mary se fijó también en el fino bigotito que adornaba el labio superior del caballero y en su pelo intensamente negro y peinado con un estilo algo anticuado, pero no por ello menos agradable de contemplar.

—Urphex el Grande —dijo ella al cabo de unos instantes—. Me suena, señor.

—Quizá ha tenido ocasión de admirar mi arte en el cercano teatro Alcyon —contestó él—. Pero en lo sucesivo ya no va a serle posible, señorita.

—¿Por qué?

—El Alcyon ha cerrado sus puertas. Hoy ha sido mi última actuación en público, al menos durante un tiempo. ¿Me permite que la acompañe, señorita? Tengo mi coche aquí cerca y...

—Se lo agradeceré muchísimo —contestó ella—. Francamente, me retrasé un poco y perdí el último autobús. Hubiera tenido que recorrer casi tres kilómetros a pie...

—Espere un instante; voy a recobrar mi sombrero.

Momentos más tarde, Mary se encontraba a bordo de un automóvil, que rodaba silenciosamente en la oscuridad de la noche. Su acompañante le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó de buena gana.

—Perdone, no le he dicho mi nombre —se disculpó la muchacha—. Me llamo Mary Stiller.

—Encantado, Mary —dijo él—. Si le parece, puede llamarme Néstor.

—¿Néstor? Antes dijo Urphex...

—Urphex es el nombre artístico y suena mucho mejor que Néstor Dean, que es el auténtico —aclaró él jovialmente—. Por cierto, ¿qué le ha sucedido? No me pareció que esos asaltantes fuesen unos ladrones comunes. O quizá estoy equivocado...

—No, no lo está. Querían raptarme, aunque ignoro por completo los motivos —repuso Mary.

Dean sonrió.

—Sin duda debe de ser usted una mujer adinerada. Querrían pedirle rescate, me imagino.

—¡Oh, no, en absoluto! —dijo Mary—. Trabajo como enfermera y me retrasé un poco en mi turno, por eso perdí el autobús. Claro que no me importaba, porque, precisamente, hoy, empiezo mis vacaciones.

—Yo también, aunque las mías puede que sean mucho más largas.

—Si ha cerrado el teatro, se quedó sin empleo.

—Exactamente.

—Pero usted es un artista muy bueno, Néstor.

—¿Cómo lo sabe, si nunca me ha visto actuar?

—Bien, no le he visto en el escenario, pero la forma en que derrotó a esos tres rufianes... ¿Qué hacía usted, Néstor?

—Oh, los numeritos de costumbre, ya sabe: prestidigitación, algunos chistes... y la bola de cristal.

—¿También es adivino?

—Lo simulaba, solamente. Algunas cosas se saben por deducción, si uno es un poco observador. Otras se conocen por informes y luego, si se emplea un lenguaje un tanto ambiguo, se sale adelante sin dificultad y ante el pasmo de los papanatas, con perdón.

—La bola se ha roto, Néstor. Lo siento.

—No se preocupe. Tengo otra en casa.

—Pero era de color rojo. Siempre he visto que las bolas de otros adivinos eran blancas o, por lo menos, de cristal translúcido.

—¿Ha consultado a muchos adivinos? —preguntó él maliciosamente.

—Oh, no, pero lo he visto en fotografías, en las películas...

—La bola blanca es algo rutinario. Yo elegí el color rojo. Resulta más impresionante.

—No me cabe duda —sonrió Mary—. Y ahora, sin trabajo, ¿qué hará?

—Lo mismo que usted en sus vacaciones, haraganear.

—Pero a mí me siguen pagando. En cambio, usted...

—No se preocupe, tengo algunos ahorrillos. Y, a propósito, Mary, volvamos al tema de su secuestro. Si no tiene dinero para pagar un gran rescate, ¿por qué querían raptarla?

—Eso es lo que me gustaría saber también a mí —suspiró Mary—. Sinceramente, Néstor, no tengo la menor idea.

—Entonces, resulta verdaderamente extraño. Una cosa: Esos tipos la conocían.

—Así parece, aunque yo no les había visto nunca hasta esta noche, Néstor.

—La esperaron a la salida del hospital, y si conocen su nombre, sabrán también su domicilio.

Mary se quedó muy pensativa.

—Pues... puede que tenga razón —dijo tras una ligera pausa.

—Está de vacaciones. ¿No pensaba viajar?

—No. Tendría que gastarme bastante dinero y prefiero ahorrarlo.

—Para su ajuar de boda, sin duda.

—Oh, Néstor... Es usted un hombre muy original. Tengo que matricularme en la Universidad. Un año más y seré médico.

—¡Caramba, la doctora Stiller! ¿Sabe que suena muy bien?

—Gracias —contestó ella gentilmente.

—Es usted admirable. Y, ¿en qué rama de la Medicina piensa especializarse?

—Pediatría, Néstor.

—Te gustan los niños, ¿eh?

—Muchísimo. Cuando me case...

Mary calló, repentinamente ruborizada. Al cabo de unos instantes, añadió:

—La verdad es que tuve un novio, pero me dejó plantada.

—Ese miserable debería ir a la cárcel por el resto de sus días —exclamó Dean indignado—. Si yo hubiera estado en su lugar, no la habría dejado ni aunque me arrancasen la piel a tiras.

—Los gustos en materia de amor son infinitos —dijo Mary sentenciosamente—. Ah, Néstor, ya estamos llegando.

—Muy bien, Mary.

Dean arrimó el coche a la acera. De pronto, ella dijo:

—Néstor, tendrás que subir a mi apartamento. Así podré devolverte la capa y, si me la aceptas, te invitaré a una copa.

—Será un placer, Mary.

Dean cortó el contacto, apagó las luces y salió del coche. Mary le guió hasta su apartamento, situado en el primer piso de una casa pequeña, elegante, en la que sólo había cuatro viviendas.

Al llegar al rellano superior, Mary sacó la llave y abrió la puerta. Encendió las luces, dio un paso en el interior de la casa y lanzó un grito de espanto, volviéndose inmediatamente para ocultar el rostro en el pecho de Dean.

El joven, por su parte, no se sintió menos asombrado al ver el cuerpo tendido en medio de la sala, con un agujero de bala en el pecho.

CAPÍTULO II

Mary se estremeció fuertemente.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí?

—¿Quién es ese hombre? —preguntó él, mirando al cadáver por encima de los hombros de la muchacha.

—No lo sé, no lo he visto en los días de mi vida...

Dean reaccionó.

—Será mejor que te pongas algo —aconsejó—. Es desagradable, pero ya está muerto y no podrá causarnos ningún daño.

—Sí, tienes razón.

Mary se separó de él, dio un rodeo y entró en el dormitorio. A los pocos momentos, salió, anudándose el cordón de la bata.

Dean estaba arrodillado junto al cadáver, registrándole los bolsillos. De pronto, sacó un grueso rollo de billetes.

—Lo menos hay cinco mil dólares —dijo.

—¿Para qué tanto dinero? —se extrañó Mary.

—Debía de ser un tipo caprichoso. Y se llamaba... —Dean examinó la billetera del muerto—. Ryle Auburn, de profesión detective particular.

—Me pregunto qué podía buscar un detective en mi casa. Néstor, no tengo nada que ocultar ni jamás me he visto mezclada en un asunto turbio o ilegal.

—Tuviste un novio.

—Sí, pero él me abandonó y, además, ¿para qué querría entrar ese hombre en mi casa? Si hubiéramos seguido relacionados, se comprende que mi novio quisiera conseguir algunos informes muy confidenciales. Pero la ruptura se produjo ya hace un año y desde entonces no he vuelto a tener noticias de él.

Dean se mordió los labios.

—Pues algo buscaba, esto es evidente —dijo—. Mary, si estudias Medicina, habrás estado alguna vez en la sala de disección.

—Claro, Néstor.

—Entonces, echa mano de tus conocimientos y mira a ver cuánto tiempo hace que murió Auburn.

Ella se arrodilló y tocó la mejilla del muerto.

—Está fría, pero no de un modo absoluto. Yo diría que ha muerto hace una hora, aproximadamente. La sangre no se ha coagulado por completo, aunque le falta ya muy poco.

—Y no ha caído una sola gota al suelo, lo cual facilitará las cosas.

—¿A qué te refieres, Néstor?

—¿Te gustaría llamar a la Policía y que viniesen decenas de agentes, con los fotógrafos y los periodistas a invadir tu casa?

—¡Oh, no! —exclamó ella, horrorizada ante la perspectiva que le pintaba el joven.

—Desde luego, no me gustaría, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

Dean miró a su alrededor.

—La casa aparece en orden, aunque sospecho que Auburn vino buscando algo. ¿Se te ocurre a ti alguna idea?

—No, en absoluto.

Dean se inclinó y levantó a pulso el cadáver. Mary apreció que, bajo la figura esbelta y casi delicada del joven, había unos músculos de acero.

—Pesa como un muerto... de poca envergadura —sonrió Dean—. Era bajito y nada grueso. Unos cincuenta y cinco kilos.

—¿Qué vas a hacer, Néstor?

—Quitar un estorbo de en medio, naturalmente. ¿Quieres abrirme la puerta?

—¡Pero nos verán! —Se aterró ella.

—¿A las tres de la madrugada?

Mary asintió. Dean salió con el cadáver en brazos y volvió diez minutos más tarde.

—Me invitaste a una copa —recordó.

—No sé si podré dormir esta noche —dijo Mary, cuando le entregaba un vaso casi lleno—. Primero, el intento de secuestro; luego, un cadáver en mi apartamento...

—Mary, si yo estuviera en tu lugar, olvidaría mi sentido ahorrativo y me iría a pasar las vacaciones fuera de la ciudad.

¿Cuánto tiempo te han concedido?

—Cuatro semanas.

—En cuatro semanas se pueden olvidar muchas cosas. ¿Me das la capa, por favor?

—Sí, claro.

Mary fue al dormitorio y volvió con la capa en las manos.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo.

—Espero que sea buena —sonrió Dean.

—Tengo una compañera y ella posee una casa en la playa. Le pediré que me la preste...

—Mejor dile que te la alquile.

—Sí, tienes razón.

Dean sacó una tarjeta y la puso encima de una consola.

—Si me necesitas para algo, llámame sin reparos —se despidió.

Momentos más tarde, Dean pasaba frente a un cuerpo que aparecía sentado en la acera, apoyado en una pared, con la cabeza doblada sobre el pecho.

Hizo un gesto de fingido pesar.

—Algunos no saben beber —dijo.

Dean tenía un conocido, el cual, a su vez, tenía infinidad de conocimientos. Precisamente por lo mismo, se relacionaba muy poco con aquel sujeto, cuyos medios de vida no le agradaban en absoluto. Pero en tiempos, cuando eran unos adolescentes, habían estudiado juntos y, en ocasiones, aunque raras, se veían y charlaban un poco de épocas pasadas.

El amigo respondía al nombre de Homer Sills y se puso al teléfono inmediatamente.

—Néstor, viejo zorro, cuánto tiempo sin oír tu voz —exclamó jovialmente—. ¿Qué es de tu vida? ¿Tienes el público de siempre?

—Mi público se ha desvanecido como el humo. El Alcyon ha cerrado sus puertas.

—¡No me digas! —Respingó Sills.

—Como lo oyes, Homer. Anoche fue la última representación.

—Conozco al empresario. Es un pillo de siete suelas. Estaba ganando mucho dinero. Vendía todo el billetaje a diario.

—Eso hace las cosas incomprensibles. ¿Por qué liquidar un negocio que produce ganancias?

—En este caso, hay una razón muy poderosa. Es la plaga de

nuestros tiempos y se llama especulación del suelo.

—Ah —dijo Dean pensativamente—. Conque era eso...

—Puedes tenerlo por seguro. Con una sola firma, Harry Scudder, tu exempresario, va a ganar tanto como si tuviera el teatro abierto durante cinco años, con lleno a diario y con el precio de las butacas doble del actual.

—¡Bandido! —se indignó Dean—. No le importa dejar en la calle a un montón de familias...

—Así es la vida. Néstor —filosofó Sills—. ¿Era eso lo que querías decirme?

—No, hay algo más. Se trata de un tipo llamado Boko. Oí el nombre anoche y le vi, aunque fueron sólo unos pocos segundos. Es un sujeto que parece un gorila vestido con ropas de hombre. ¿Lo conoces?

—¡Santo cielo! Es uno de los hombres de confianza de Dane Hickory.

—Y, ¿quién es Hickory, si se puede saber?

—Pero ¿es que no lo conoces, Néstor?

—Homer, la mayoría de mis relaciones se refieren a medios artísticos —dijo Dean incisivamente.

—Es verdad, perdona, chico. Bueno, Hickory es... ¿cómo te lo diría yo?

—¿Un «padrino»?

—Exacto. Dirige la mejor banda de la ciudad y no resulta agradable tropezar con él ni mucho menos provocar su enojo. Si has tenido algún roce con Hickory, aléjate de él como si fuese un caníbal hambriento.

—No le favorece mucho, me parece —sonrió Dean.

—Lo que te he dicho es apenas una pálida idea de lo que es en realidad. ¿Tuviste algún encuentro con Boko Gratton?

—En cierto modo. Él y dos compinches más querían robar a una chica y yo se lo impedí. Entonces oí ese nombre.

—No es propio de Boko asaltar a las viandantes solitarias —dijo Sills astutamente—. Sin duda, querría algo más. ¿Me equivoco?

—Pero ¿qué podía querer de una enfermera, que salía de su turno en el hospital?

—Ah, la dama es enfermera.

—Sí, Homer.

—Bueno, procuraré averiguar algo. Te llamaré cuando tenga noticias sobre el caso.

—Gracias, Homer.

—Y siento de veras que te hayas quedado sin trabajo. Pero eres muy bueno y pronto conseguirás un buen contrato.

—Por ahora prefiero descansar una temporada —rió Dean.

—No está mal pensado. Adiós, Néstor.

Dean colgó el teléfono. De modo que un poderoso miembro del hampa quería algo de Mary.

—¿Qué podrá querer de una simple enfermera? —se preguntó.

Mary, sin duda, lo sabría, pero no era cuestión de preguntárselo.

La discreción se imponía en este caso, pensó. De pronto, llamaron a la puerta.

Cruzó la sala y abrió. Dos sujetos aparecieron ante sus ojos.

—¿Dean? —preguntó uno de ellos.

—Sí. ¿Qué desean?

—Me llamo Haskell, Vic Haskell. Éste es Rod Benson —dijo el hombre que había hablado en primer lugar.

—Encantado, caballeros. ¿En qué puedo servirles?

—Queremos que nos acompañe, señor Dean.

Las cejas del joven se alzaron.

—¿Adónde?

—Ya lo sabrá —gruñó Benson, un sujeto mal encarado y con el rostro surcado de cicatrices, procedentes, sin duda, de innumerables combates de boxeo.

—Apostaría algo a que no son policías —dijo Dean.

—No, no lo somos, pero tampoco importa demasiado. Vístase y acompáñenos —ordenó Haskell.

—Podría negarme —objetó el joven.

Benson sacó una pistola.

—Niéguese —dijo provocadoramente.

—Caballeros, estoy por apostar que no vienen por propia iniciativa. Alguien les ha enviado a buscarme, sin duda porque quiere hablar conmigo. ¿Me equivoco?

—Acierta —dijo Haskell.

—Entonces, si me matan, esa persona no podrá hablar conmigo.

Los dos sujetos se desconcertaron un poco. Luego, Benson dijo:

—Puedo perforarle un hombro. Vivirá y podrá hablar.

—¿Me va a disparar con una tarántula, amigo? —sonrió Dean.

Benson bajó la vista y vio que tenía en la mano una enorme araña. Inmediatamente, soltó un chillido y sacudió la mano.

Entonces, Dean se inclinó y recogió la pistola.

—Muchas gracias, amigos —dijo.

Haskell tenía la boca abierta.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó.

—Soy un artista de la magia y los artistas no revelamos jamás los secretos de la profesión —contestó el joven.

Benson estaba secándose el sudor de la frente con un pañuelo.

—¡Dios, qué animal tan espantoso...!

Dean agitó la pistola.

—¿Adónde me iban a llevar? —preguntó.

—Hickory quiere verle —respondió Haskell de mala gana.

—Perfectamente. Entonces, díganle a Hickory que iré a verle cuando a mí me apetezca, no antes. Y ahora, ¡largo de aquí!

—Al menos, devuélvame la pistola —reclamó Benson.

—¿Me toma por tonto?

Benson lanzó una blasfemia. Haskell dio media vuelta.

—Vámonos, Rod.

—Recuerdos a Boko y sus amigos —dijo el joven burlonamente.

Haskell se volvió con viveza un instante, pero no dijo nada. En unión de su compinche, se alejó en busca del ascensor.

Dean cerró la puerta. Sills, pensó, tenía razón. Hickory estaba mezclado en el asunto.

Y ¿cuál era la parte de Mary en aquel asunto, que no tenía nada de limpio?

Como por el momento, no tenía nada que hacer, decidió iniciar unas investigaciones por cuenta propia.

CAPÍTULO III

De pronto, recordó una antigua amistad.

Era una mujer, quizá un año o dos más que él, y que sabía era también enfermera, como Mary. Buscó el teléfono en la guía y, momentos después, estaba en comunicación con la mujer.

—Binnie Kavis —dijo ella, pasados unos momentos.

—Néstor Dean —contestó el joven—. ¿Me recuerdas?

—¡Cielos! ¿De dónde sales? ¿Te moriste y has resucitado, Néstor?

Dean se echó a reír.

—No hago milagros, aunque a la gente le parezca que sí. Binnie, ¿sigues trabajando todavía en tu profesión?

—Claro, ¿de qué iba a vivir, si no, puesto que el bribón de mi esposo se largó con una furcia hace tres años y ya no he vuelto a tener noticias suyas?

—El señor Kavis era un idiota de nacimiento. Yo no te hubiera abandonado jamás, Binnie.

Ella se esponjó.

—Gracias, Néstor. Oye, ¿por qué me has llamado? ¿Te sucede algo?

—¿Dónde trabajas actualmente?

—En el

St. Mathew's.

¿Por qué lo preguntas?

—Te lo diré muy pronto, si accedes a recibirme.

—Claro que sí, encanto. Ven cuanto antes y te prepararé una copa de dinamita líquida. A lo mejor —añadió Binnie maliciosamente—, añado unas gotas de afrodisíaco.

—¿Se necesita en tu presencia?

Binnie lanzó una alegre carcajada. Dean colgó y se dispuso a vestirse.

Momentos después, estaba en la calle. Apenas había recorrido cien metros, se dio cuenta de que le seguía un coche negro.

A través del retrovisor pudo captar las siluetas de dos hombres. «Haskell, y Benson», pensó.

Mantuvo la marcha normalmente, hasta que llegó a las inmediaciones de un semáforo. Éste se puso en ámbar, pero no se detuvo, sino que pisó el acelerador a fondo.

Un guardia tomó nota de su matrícula. Le llegaría una multa, pero Haskell y su compinche se habían visto obligados a detenerse ante el rojo del semáforo.

«A ellos no les conviene un conflicto con la ley», pensó Dean.

Él podría salir del apuro con una multa, pero los hampones tendrían problemas. Cruzar una calle, sin respetar un semáforo en rojo, podía llevarles ante un juez de tráfico.

El truco le permitió despistar a los hampones. Veinte minutos más tarde, Binnie le abrió la puerta.

Era una mujer agradable, más simpática que bonita y un tanto regordeta, lo cual no la hacía menos atractiva. Dean sacudió el brazo derecho e hizo aparecer un ramo de flores, que puso en manos de Binnie.

—Eres un truquista —rió ella—. Pero te adoro.

—Gracias.

Dean le entregó ahora una enorme caja de bombones. Sabía que le gustaban con delirio.

—No forman parte del equipo de actuación —aseguró, a la vez que la besaba en una mejilla—. ¿Dónde está la copa de dinamita líquida? —preguntó.

—Aquí, ven.

Dean siguió a la joven hasta una sala atractivamente decorada. Ella llevaba puesto un peinador de muchos velos, debajo del cual se adivinaba una sugestiva escasez de prendas.

—Creí que no nos volveríamos a ver, Néstor —dijo Binnie, pasados unos momentos.

—Bueno, yo sané y dejé el hospital. Tenía que seguir ganándome la vida, Binnie —se disculpó él—. La indemnización que me pagaron por el atropello no iba a durarme eternamente.

—Comprendo.

—Pero eso ocurrió hace tres años. ¿Ya te había dejado el señor

Kavis?

Binnie asintió.

—Fue por entonces, quiero decir, pocos días después de darte de alta. En fin, no hablemos más de un bribón que no se lo merece. ¿Qué te pasa, Néstor?

—Mary Stiller.

Hubo un instante de silencio. Binnie entornó los ojos.

—Es una chica guapísima —dijo.

—Lo sé, pero no me intereso por ella sentimentalmente.

—¿No? —se asombró Binnie. Juntó los dedos en piña—. Tiene los pretendientes así... Solteros, casados, viudos, divorciados... y hasta los que no pueden dejar la silla de ruedas. Y tú me dices que no te gusta, con lo aficionado que eres a las faldas...

—Eh, eh, frena un poco —pidió Dean—. Yo no he dicho que no me guste. Lo que sucede es que no trato de pretenderla.

—Hijo, que me cuélguen si te entiendo. Te interesas por ella, pero no te interesas... ¿Por qué no te aclaras?

—Anoche intentaron secuestrarla.

Binnie respingó.

—¿Qué has dicho, Néstor?

—Ya lo has oído.

—Parece increíble... Pero si es una chica que trabaja para costearse los estudios... No podría pagar un rescate...

—No se trata de un rescate. Mary sabe algo y quieren sonsacárselo, y no precisamente por métodos educadamente persuasivos.

Dean siguió hablando unos minutos. Cuando terminó, Binnie hizo un movimiento de cabeza.

—No tengo la menor idea de lo que puede ser, pero te llamaré si averiguo algo —prometió.

—Sé discreta en tus preguntas, Binnie.

—Descuida, Néstor.

Los dos se miraron sonriendo. De pronto, Dean la abrazó.

Binnie no se resistió. Ni tampoco protestó cuando la mano del joven penetró por debajo del peinador y empezó a recorrer su cuerpo.

—Néstor...

—¿Sí, dulzura?

—Hay cosas que se hacen mejor en otros lugares más cómodos.

—Se aprueba la moción por unanimidad —dijo él.

A la noche, mientras cenaba en un restaurante al que solía acudir con cierta frecuencia, leyó los periódicos que traían la noticia de la muerte de Ryle Auburn.

No había demasiados detalles. Auburn había sido encontrado con un balazo en el corazón, en medio de la calle y no había la menor pista acerca de su asesino. Tampoco se explicaban los posibles motivos por los cuales había perdido la vida.

Terminó de cenar, pagó la cuenta y salió a la calle. A los pocos pasos, un hombre le cortó el camino.

—Usted es Dean —dijo.

—Sí —admitió el joven.

—Tengo una pistola en el bolsillo. Sígame y no intente resistirse o le pegaré un balazo.

Dean suspiró.

—Son ustedes horriblemente monótonos —dijo—. Pero ¿qué demonios quieren de mí?

—Éstos no son lugares para hablar. Vamos, acompáñeme.

—Quiero ver la pistola.

El sujeto vaciló. Luego, procurando situarse de modo que nadie pudiese ver el arma, metió la mano en el bolsillo y la sacó.

—¿Eh, no es esto una pistola?

—¿Está loco? —se indignó el joven—. ¿Pretende asustarme con una rosquilla de las que se toman con el café?

El sujeto respingó. Antes de que pudiera recobrase de la sorpresa, se oyó un grito seco en las inmediaciones, no muy fuerte, aunque terriblemente penetrante.

Dean dio un salto lateral, justo en el instante en que un sujeto se lanzaba hacia adelante, empuñando un puñal de pavorosas dimensiones. El acero despedía relámpagos metálicos y desapareció hasta el mango en el vientre del hampón.

Se oyó un gemido de agonía. En el mismo instante, la pistola se disparó.

Dean vio que el segundo atacante era un hombre de raza oriental. Éste se sorprendió enormemente al sentirse atravesado por una bala.

Los dos matones se mantuvieron en pie unos instantes, tras

haberse herido recíprocamente. El primero dijo:

—Era... una pistola...

Y cayó al suelo.

El oriental se desplomó sobre él. Dean miró a derecha e izquierda.

Nadie parecía haberse dado cuenta del incidente. Con paso normal, se alejó de allí, profundamente intrigado por el doble ataque de que había sido objeto.

«No lo entiendo —se dijo, lleno de perplejidad—. ¿Quién puede quererme tan mal?».

Cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue llamar a su amigo Homer Sills y le contó todo lo que le había ocurrido.

—Dime algo pronto, por favor, Homer —rogó—. Me siento muy preocupado, ¿entiendes? Yo jamás me había visto mezclado en asuntos de esta clase y, francamente, no me gusta en absoluto lo que está pasando.

—Descuida, Néstor, haré lo que pueda —contestó Sills.

El amigo de Dean cumplió su palabra antes de lo que el joven hubiera supuesto. Dos horas más tarde, ya tenía la explicación, en parte:

—El oriental se llamaba Frank Hoo y era miembro de la banda de Ace Ku-Luang, un clan chino que opera en la ciudad y cuyos métodos no tienen nada de recomendables. El otro era Nate Parr y trabajaba para una tal Shaddie Brareton. Es una tigresa, ¿sabes?

—¿Una banda dirigida por una mujer? —se extrañó Dean.

Sills lanzó una carcajada.

—¿Te parece raro, ahora que tanto se habla de la igualdad de derechos entre ambos sexos? Si quieres verla, la encontrarás en el Star's

Triangle. Es suyo.

—Nunca he estado allí, Homer, y no creo que me interese estar con esa dama.

—¿Quién sabe? A lo mejor acabas por ir a verla. Y puede que también tengas que entrevistarte con Ku-Luang.

—A ver, explícate —pidió el joven, que no acababa de entender las palabras de su amigo.

—Bueno, al fin lo he averiguado, aunque no me ha resultado fácil, no te vayas a creer. Resulta que la chica, tu amiga la

enfermera, estuvo atendiendo durante sus últimos días a un poderoso individuo llamado Grantland Cranmore. Era el jefe indiscutible del hampa de la ciudad y los jefecillos aguardaban a que se muriese, para repartirse el botín que Cranmore guardaba en alguna parte. Cranmore les había prometido decírselo, pero, parece, les burló y se llevó su secreto a la tumba.

—¡Dramático! —comentó Dean con una sonrisa.

—No lo digas en broma, porque es verdad. La enfermera, tu amigueta, se ganó la confianza de Cranmore. Ya le había atendido en la anterior ocasión, cuando estuvo hospitalizado a causa de un infarto del que pudo salir adelante y, parece, habían simpatizado bastante. Hickory, la Brareton y el oriental lo saben... y creen que Cranmore le dijo a la chica dónde tenía escondido nada menos que millón y cuarto de dólares.

Dean lanzó un poderoso silbido.

—¡Atiza! Esto parece un cuento de potentados árabes...

—La cosa se venía comentando desde hace mucho tiempo, pero nadie sabía nada en concreto y ahora parece que sale a la luz —dijo Sills—. Pero, además, hay otra cosa: la agenda secreta de Cranmore, donde tenía anotadas las andanzas de todos esos individuos, más algunos que no pertenecen al hampa y son personas en apariencia respetables, pero que, sin embargo, percibían buenas sumas de dinero por cerrar los ojos en determinadas circunstancias.

—En suma, esa gente cree que Mary Stiller sabe dónde están el dinero y la agenda y quieren obligarla a que se lo diga.

—Exactamente. Bien, gran Urphex, el resto es tuyo... pero te diré una cosa: no me gustaría estar en el pellejo de la enfermera.

Dean asintió.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Homer.

Dejó el teléfono en la horquilla y tabaleó con los dedos sobre la mesa, sumamente pensativo. Resultaba que Mary corría un gravísimo peligro y consideró su deber ayudarla a superar aquella crítica situación.

Consultó la hora. Era ya un poco tarde, pero el escondite de la muchacha, la casa de la playa que le había cedido su amiga, estaba a menos de sesenta minutos de viaje. Llegaría alrededor de la medianoche, más o menos, calculó, cuando se sentaba ante el volante de su coche.

CAPÍTULO IV

Con terrible indignación, recorrió la casa, cuyas luces aparecían encendidas en su mayor parte. Veíanse muebles volcados y algunas vasijas rotas. Un par de cuadros aparecían torcidos en las paredes. El dormitorio estaba completamente revuelto y la maleta de Mary se veía abierta y con las ropas desordenadas.

Alguien había llegado antes que él, pensó. De algún modo, se habían enterado del escondite de la muchacha y habían corrido a secuestrarla.

En la cocina hervía una cafetera, en la que apenas si quedaba agua. Calculando que Mary se hubiese puesto agua para un par de tazas, a lo sumo, puesto que estaba sola, era evidente que el secuestro se había producido no hacía más de media hora, teniendo en cuenta que el fuego de aquel hornillo estaba a la máxima intensidad. Cerró el paso del gas y regresó a la sala, dispuesto a marcharse de allí inmediatamente.

Tenía tres pistas posibles: Hickory, la Brareton y el oriental. Uno de los tres, indudablemente, era el autor del secuestro. Se preguntó por cuál de ellos empezaría.

De pronto, vio algo en el suelo que le llamó la atención.

Inclinándose, recogió una carterita de fósforos. Era de propaganda y en la tapa se veía el anuncio de un local

Star's

Triangle.

La tira de fósforos saltó en su mano derecha.

—Espérame, Shaddie Brareton —dijo.

Regresó al coche y partió de inmediato. A la ida, el viaje le había costado cincuenta y cinco minutos. En la vuelta, redujo el tiempo a cuarenta y dos. Era la una cuando detenía el automóvil en las inmediaciones del

Star's

Triangle.

La mayoría de las luces de la fachada estaban apagadas. Parecía obvio que ya iban a cerrar. Cruzó la acera y se acercó a la entrada.

Un galoneado portero le cortó el paso.

—Perdón, señor; vamos a cerrar...

—Disculpe, amigo; me ha llamado Shaddie —sonrió Dean.

—Oh, perdón, caballero.

Dean entró en el local. Los camareros y empleados recogían ya las mesas. Dean avanzó, sorteando los obstáculos, hasta la barra, en donde un hombre se afanaba en recoger copas y vasos.

—¿Shaddie?

El sujeto le miró.

—¿Eh? —Gruñó.

Dean sonrió.

—Quiero ver a Shaddie. Usted me dirá dónde encontrarla, ¿verdad?

El barman vio que le alargaban un billete. Divisó la cifra de cien en uno de los ángulos y sus ojos se desorbitaron. Aquel joven tan apuesto debía de ser un príncipe de incógnito o algo por el estilo, pensó, mientras se apoderaba del billete.

—Aquella puerta y luego todo a la izquierda, hasta el final —indicó obsequiosamente.

—Muy amable —respondió Dean.

El barman le miró sonriendo mientras se alejaba. «Hoy he hecho mi suerte», pensó.

Bajó la vista para contemplar el billete y se encontró con un sello de Correos de diez centavos.

—No es posible —masculó—. Yo vi un billete de cien «pavos». ¿O lo habré soñado?

En el mismo instante, Dean llamaba a la puerta del despacho de Shaddie Brareton.

Un hombre abrió y le contempló con curiosidad. Dean vio al fondo, tras una mesa, a una mujer bastante guapa, de casi cuarenta años y elegantemente vestida. Llevaba peluca, no cabía duda, y era de un estridente color rubio, casi blanco. Los ojos, sin embargo, parecían trocitos de pedernal.

—Me llamo Néstor Dean —se anunció el joven—. Otros me conocen por Urphex el Único, el Incomparable... y usted, Shaddie,

ha oído hablar de mí, sin duda, puesto que envió anoche a un hombre para traerme a su presencia.

Ella se puso lentamente en pie. La figura, apreció Dean, era majestuosa, pródiga en curvas. Los senos parecían ir a rebosar por el escote del vestido plateado que se ceñía a su cuerpo apretadamente.

—¡Dean! —exclamó Shaddie.

El esbirro intentó cerrarle el paso. Dean le arreó un revés con el filo de la mano izquierda, horizontal, alcanzándole de lleno en la nariz. El hombre aulló, saltó, se debatió y acabó saliendo catapultado después de recibir un tremendo puntapié en las posaderas.

Dean cerró a continuación. Vio un candado de seguridad y lo echó. Luego avanzó hacia la mujer.

Shaddie le apuntaba con una pistola.

—No de un paso más o le abraso —amenazó.

El joven sonrió.

—Esa pistola tiene un defecto —dijo.

—Funciona magníficamente —aseguró ella.

—¿Con el cañón torcido hacia arriba?

Shaddie bajó la vista y lanzó un grito de asombro. Antes de que pudiera recuperarse de su estupefacción, una mano poderosa le arrebató el arma.

—Y ahora, hablemos —dijo Dean.

—¿De qué diablos quiere que hablemos? —contestó Shaddie de mal talante.

—Tú, sabrás, porque esta noche enviaste a uno de tus hombres a buscarme. Pero el pobre tuvo mala suerte y le pincharon.

—Sí, lo sé —admitió ella.

—Sin embargo, ya sé para qué querías verme. No me cabe duda de que debiste averiguarlo poco después, y enviaste a buscarla. ¿Dónde la tienes?

—¿A quién?

—No me hagas perder la paciencia —se enojó Dean—. Hablo de Mary Stiller, la enfermera que atendió a Cranmore en sus últimos días. Se había escondido por mi consejo, pero tú has averiguado el lugar donde estaba y enviaste a buscarla. Ahora la tienes aquí y vengo a que me la entregues.

—Estás loco...

De súbito, Dean alargó la mano, agarró una de las muñecas de Shaddie y tiró de ella.

La mujer se resistió, pero todo fue inútil. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, se encontró atravesada sobre las piernas del joven, quien se había sentado en una silla. Dean agarró el vestido, por el borde del escote posterior y tiró con fuerza.

Se oyó un ruido de tela desgarrada. Dean lanzó una burlona carcajada.

—¡Vaya, usas faja completa! —exclamó—. Eso, en ocasiones, cuando se sienten ciertas urgencias, debe de ser un estorbo, ¿no?

Shaddie pataleó furiosamente.

—¡Suéltame, maldito seas! ¡Especie de bastardo, hijo de una bruja tuerta, déjame ya...!

—Cielos, qué lenguaje. —Dean fingió escandalizarse—. Nunca pude imaginarme que una dama tan bella tuviese una lengua tan proclive a las palabrotas...

De repente, se oyó algo parecido a un pistoletazo. Shaddie aulló de dolor al sentir el golpe en las posaderas.

—¿Dónde está Mary Stiller? —preguntó él, inflexible.

—No lo sé. Yo no la tengo...

Dean golpeó tres veces más, con todas sus fuerzas.

—Dímelo o vas a tener que dormir boca abajo un año seguido —dijo.

—Te juro que no lo sé... —Desmoralizada, Shaddie se echó a llorar—. Es cierto que envié a Parr para buscarte, pero no llegué a saber dónde se escondía esa maldita enfermera...

Dean se mordió los labios. Shaddie parecía sincera.

De pronto, se puso en pie. Ella rodó por el suelo y quedó de costado, porque no podía sentarse.

—¡Bruto! Me has destrozado un vestido que valía seiscientos dólares —se quejó.

—Tienes aspecto de competente ama de casa, más que de dueña de un burdel y jefa de una pandilla de hampones —contestó Dean—. Cósetelo en tus ratos de ocio, pero antes, dime una cosa: ¿Es cierto lo el asunto Cranmore? ¿Un millón y cuarto y una agenda?

Shaddie asintió.

—Sí... a mí la agenda me importa un rábano, porque lo que

pueda decir no me perjudica... pero el dinero... ¡Diablos!, durante diez años le he estado pagando sumas que oscilan entre los mil y los dos mil quinientos dólares mensuales. Mi contable hizo un cálculo y resultó que Cranmore me había sacado unos doscientos ochenta mil. Por tanto, son míos y quiero recuperarlos, ¿comprendes?

—Y tú crees que la enfermera posee ese secreto...

—Sé que alguien oyó a Cranmore hablar con ella, un par de días antes de su muerte. Cranmore le decía que tenía que confiarle algo importante... ¿y qué otra cosa podía ser sino el dinero y la agenda?

—Entiendo. El dinero, supongo, estará en billetes.

—No paga impuestos de esa forma, Néstor.

Renqueando, con las manos en las doloridas posaderas, Shaddie fue a un bar y se sirvió una copa.

—¿Quieres? —invitó.

Dean hizo un gesto negativo. Estaba pensando y, puesto que Mary no se encontraba en aquel antro, debía continuar la búsqueda.

—Una pregunta —dijo—. ¿Sabes si el nombre de Ku-Luang figura en la guía telefónica?

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Tengo que hablar con él, pero desde otro sitio; no quiero que te enteres de lo que le digo.

—Ku-Luang va también detrás del dinero y no es el único, aparte de mí, claro.

—Hickory es otro de los aspirantes al tesoro de Cranmore.

Shaddie bebió largamente y luego inspiró.

—Sí. Puede que haya alguno más, pero son rivales insignificantes. No cuentan, Néstor.

—Gracias por todo, Shaddie. Y dispensa, pero estaba muy furioso...

Ella le dirigió una mirada llena de curiosidad.

—¿Estás enamorado de la enfermera?

—No, pero es una chica muy simpática y no quiero que le ocurra nada.

De pronto, sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

—¡Shaddie! —gritó alguien—. ¿Está ahí? ¿Le sucede algo? Si no contesta, echaremos abajo la puerta...

Ella sonrió burlonamente.

—Conmigo has podido, pero dudo mucho de que consigas

derrotar a mis mejores hombres —dijo.

Dean levantó la mano y chasqueó los dedos.

—Ahora mismo vas a abrir la puerta y...

Shaddie avanzó, quitó el cerrojo, hizo girar el picaporte y se enfrentó a los cuatro sujetos que había ante el umbral, incluido el barman.

—Hola, muchachos —sonrió—. No os preocupéis, no me ha pasado nada. El señor Dean es un buen amigo y os ordeño que lo respetéis a partir de este momento, tanto como me respetáis a mí.

Sonaron unos murmullos de asombrado asentimiento. Sonriendo cortésmente, Dean atravesó el pequeño grupo de matones. El barman, sin embargo, le paró un instante.

—Oiga, me dio un sello de diez centavos...

—Está equivocado, amigo —contestó el joven apaciblemente—. Meta la mano en su bolsillo. El billete es de quinientos «pavos».

El barman obedeció. De pronto, lanzó un chillido de alegría.

—¡Es cierto! Es de quinientos dólares...

Shaddie se acercó, curiosa, y vio un sello de Correos en la mano del empleado.

—No seas idiota, Rocky —dijo—. Ese hombre te ha hipnotizado.

Y luego se mordió los labios, porque... «¿Cómo es posible que haya dicho que Dean es un buen amigo, si no fuese porque también me hipnotizó a mí?», pensó, tremendamente desconcertada.

Mientras tanto, Dean salía a la calle. Buscó una cabina telefónica, hojeó la guía y así se enteró de la residencia de Ace Ku-Luang.

Iría aquella misma noche. Ahora ya sabía que la carterita de fósforos no era sino un ardid, para hacerle tomar una pista equivocada.

Estaba seguro de que Mary se hallaba en poder del jefe del clan oriental.

CAPÍTULO V

A la luz de un distante farol, contempló la casa donde vivía Ace Ku-Luang, aislada, en el centro de un jardín muy bien cuidado y rodeada por una tapia de escasa elevación, prolongada, sin embargo, por una verja de aguzadas púas.

Buscó la entrada, protegida por una cancela de hierro, artísticamente trabajada con motivos orientales. No se molestó en llamar; probablemente, Ku-Luang tendría un pequeño ejército de esbirros, que podían hacerle pasar un mal rato si le atrapaban.

Tendría que usar la astucia, más que la fuerza bruta en sí. Y, en prevención de posibles encuentros, se había preparado adecuadamente para la ocasión.

Conocía demasiados trucos para dejarse impresionar por una reja de hierro. Momentos después, pasaba al otro lado.

En la mano derecha llevaba un paraguas enrollado. Parecía corriente, pero muchos se habrían sorprendido de ver que tenía un peso superior a lo normal. Dean se había vestido como si fuese a actuar, con sombrero de copa incluido, y llevaba en los bolsillos algunos adminículos que tal vez podría necesitar en un momento determinado.

Era ya muy tarde. Pasaban de las cuatro de la madrugada, pero supuso que Ku-Luang estaría despierto. A fin de cuentas, andaba buscando un millón y cuarto de dólares, más una agenda que podía proporcionarle muchos dolores de cabeza, si caía en manos de los representantes de la ley.

Avanzó cautelosamente. De pronto, oyó un leve ruidito a su derecha.

Volteó el paraguas y lo empuñó por la parte inferior. Un hombre surgió ante él, blandiendo un descomunal cuchillo de hoja curva, casi como una hoz.

El puño del paraguas golpeó primeramente la mano armada.

Luego se abatió con seco golpe contra la frente del sujeto. Se oyó un gruñido.

Una oscura silueta quedó tendida en el suelo. Dean continuó su avance.

En la casa parecieron sospechar algo. La puerta se abrió cuando Dean la alcanzaba y tuvo tiempo de echarse rápidamente a un lado.

Dos hombres, estos armados con sendas pistolas, salieron precipitadamente. Dean golpeó al segundo en la nuca.

El otro oyó el ruido y empezó a volverse. Una vez más, el paraguas actuó con devastadores resultados.

Dean se inclinó, recogió las pistolas y las lanzó a lo lejos, entre unos parterres. Luego entró en la casa.

El vestíbulo era grande, decorado con un pretencioso estilo chino, que le hizo saber lo poco de oriental que tenía Ku-Luang. Quizá lo fuese de raza, pero sus ascendientes habían llegado al país siglo y medio antes y él ya había perdido casi toda su herencia ancestral.

En la planta baja reinaba un silencio absoluto. De pronto, oyó una voz en el piso superior.

—El jardín es grande, señor —dijo un hombre—. Les costará trabajo encontrar al intruso.

«De modo que había una alarma silenciosa», pensó el joven.

Lentamente, fue subiendo, peldaño a peldaño, hasta divisar una puerta entreabierta. Pegado a la pared, se acercó y atisbo por una rendija.

No podía ver gran cosa, aunque sí divisó dos bonitas piernas, que le confirmaron en el acto la presencia de Mary en aquella casa. Las piernas, apreció, no estaban cubiertas salvo por las medias.

Los pies estaban metidos en una caja grande, de madera negra. Al lado había una jaula de alambre, dentro de la cual se agitaba algo peludo, de color gris.

—Llevo horas preguntándole lo mismo —dijo un hombre—. Y ya empiezo a cansarme. ¿Quiere que suelte la rata?

Dean se estremeció. Conocía de oídas el tormento chino de la rata hambrienta, pero nunca se hubiese imaginado que existiera alguien capaz de ponerlo en práctica.

La jaula estaba comunicada con la caja en la que se hallaban los pies descalzos de la muchacha. Si se levantaba la pequeña

compuerta, la rata pasaría a la caja y, frenética por el hambre, empezaría a devorar los pies de Mary. Al primer mordisco, sin duda alguna, ella hablaría... Terriblemente encolerizado, abrió la puerta de una patada y se plantó en el centro del umbral.

—¡Estoy aquí, Ku-Luang! —gritó.

Era un hombre de unos cuarenta y tantos años, grueso, sin llegar a obeso, y vestido con una aparatosa túnica negra, con bordados chinoscos en rojo y oro. Los ojos no eran demasiado oblicuos; Dean calculó que, a lo sumo, Ku-Luang tenía un cuarto de sangre oriental.

En cambio, el esbirro que se hallaba en la misma estancia, sí parecía chino auténtico. Tratábase de un hombre gigantesco, con el cráneo afeitado y una corta coleta en la coronilla. Estaba desnudo de la cintura para arriba y usaba unas recias muñequeras de cuero, con refuerzos de hierro.

Mary se hallaba sentada en una butaca anclada en el suelo, un mueble de respaldo rígido, con abrazaderas de hierro para la cintura, los brazos y las piernas. Las prendas que llevaba puestas eran mínimas.

—¡Néstor! —gritó ella al verle.

Ku-Luang estaba también sentado y se incorporó vivamente al verle. En su rostro se apreciaba claramente la sorpresa que sentía al ver entrar a un hombre a quien creía frenado por sus esbirros.

Sin embargo, Ku-Luang supo reaccionar velozmente y lanzó una orden:

—¡Mátalo, Woo!

El gigante se abalanzó contra el intruso. Dean alzó el paraguas. En la contera acababa de aparecer un afilado estilete, de unos quince centímetros de longitud.

Con enorme rapidez, Dean usó el paraguas como si fuese un estoque y atravesó sucesivamente los dos hombros de Woo. El oriental aulló estremecedoramente y se retiró a un lado, tambaleándose como un beodo, mientras la sangre corría en regueros por su enorme tórax.

Al verlo, Ku-Luang metió la mano derecha en la amplia manga izquierda de su bata. Dean giró un cuarto a su derecha.

El cuchillo apareció y voló como un proyectil hacia el pecho del joven. Antes de que acabara su trayectoria, el paraguas se había abierto, situándose como un escudo delante de su dueño.

Estupefacto, Ku-Luang vio rebotar el cuchillo. Entonces, lanzando un aullido de rabia, enloquecido por la furia, se precipitó sobre la jaula.

Dean saltó hacia adelante. El paraguas se plegó mientras avanzaba y de nuevo actuó como un estoque, atravesando la mano del oriental, antes de que tuviera tiempo de alzar la compuerta de la jaula. Ku-Luang lanzó un chillido horroroso y se retiró dando traspies.

El paraguas se movió de nuevo. El mango alcanzó la frente de Ku-Luang y éste se desplomó sin sentido.

Dean sonrió. Terminó de plegar el paraguas, retiró el estilete y se apoyó en él con aire negligente.

—Mary, algunos tienen la manía de contemplar tus innegables encantos corporales sin tu permiso —dijo.

Ella sonrió. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Has llegado como un ángel salvador —contestó.

—La frase no tiene nada de metafórica —admitió él—. ¿Cómo te encuentras?

—No me han hecho daño físico hasta ahora, si es eso lo que te preocupa. Pero iban a soltar la rata...

Dean contempló la jaula unos instantes.

—¿Lo sabes? —inquirió.

—¿Te refieres a lo de Cranmore?

—En efecto.

—No, no sé nada, Néstor.

—Eso es suficiente para mí.

El gigante yacía en un rincón, sentado, con las manos en los hombros sangrantes, gimiendo como un chiquillo. Dean se inclinó, soltó las presillas que unían las dos mitades de la caja donde Mary tenía metidos los pies y luego soltó también las abrazaderas.

—Veo ahí tus ropas —dijo—. Vístete, hablaremos más tarde en mi casa.

—Sí, Néstor.

Cuando se disponían a salir, Dean contempló una vez más la jaula donde se agitaba la rata frenéticamente.

—Me dan ganas de meterle la mano en la caja —dijo—. Pero no soy tan sádico. Anda, vámonos, Mary.

Echaron a correr. Dean sostenía a Mary, cuyas piernas estaban

entumecidas aún por las largas horas pasadas en la misma postura. Cuando llegaban a la planta baja, ella le hizo una pregunta:

—¿Tienes un paraguas mágico, Néstor?

Dean se echó a reír.

—Es un paraguas con truco. La tela es metálica, muy fina, pero del mejor acero. El estilete sale mediante un resorte, que libera un muelle muy potente. Y el mango es de hierro, pintado adecuadamente para que parezca de ámbar.

—Es un arma terrible, no cabe duda. ¿Lo usabas en el Alcyon?

—A veces.

Llegaron a la puerta principal. Dean la abrió y, en el mismo instante, Mary lanzó un agudo grito.

Dos hombres les cortaban el paso. Estaban desarmados, pero habían adoptado la actitud inconfundible de prepararse para un ataque, según las más acreditadas reglas de las artes marciales.

Dean no se inmutó. Sacó algo de su bolsillo y lo lanzó hacia delante.

Tres chasquidos se produjeron sucesiva y rápidamente. Espesas nubes de vapor blanco brotaron inmediatamente de los lugares donde habían caído aquellos objetos. Mary sintió que la agarraban por un brazo y se dejó llevar a través de aquella densa humareda.

Cuando corrían, ya en terreno más despejado, oyeron gritos de furor a sus espaldas.

Alguien lanzó un horrible alarido.

—Se están matando entre ellos —adivinó Dean.

Miró a la muchacha y sonrió. Ya estaban junto a la verja.

—Bueno, como se suele decir, ¡al fin, libres! —exclamó.

Mary se levantó después de las cuatro de la tarde, todavía con algunas leves sombras en torno a sus ojos. Con gran sorpresa, se encontró una maleta llena de ropa en el dormitorio que había ocupado en el apartamento de Dean.

Encontró todo lo que necesitaba y fue al baño, donde se aseó adecuadamente. Cuando llegó a la sala, percibió olor a café.

—Siéntate —gritó Dean desde la cocina—. Tu almuerzo estará dentro de cinco minutos.

—¿Almuerzo o desayuno? —rió ella.

—Llámalo como gustes. Apostaría algo bueno a que tienes la presión baja, por falta de alimentos.

—Sí, seguro. Estoy a punto de desmayarme, Néstor.

Dean apareció poco después, con una bandeja repleta de comida. Miró a la muchacha y sonrió.

—No tengas remilgos. Comer cuando se tiene hambre, no es una deshonra.

—Néstor, ¿puedo decirte una cosa? —consultó Mary.

—Todo lo que quieras —accedió él.

—Eres un hombre estupendo, pero lo mejor de todo, es que jamás había conocido a nadie como tú.

—Bien, soy Urphex el Único, el Inimitable, el Grande... Eso lo explica todo, creo —contestó Dean de buen humor.

—Sí, explica todo, menos este asunto, en el que me he visto metida sin culpa alguna —dijo Mary, repentinamente preocupada.

Dean se sirvió una taza de café.

—¿Conociste a Cranmore? —preguntó.

Mary hizo un gesto de aquiescencia.

—En las dos ocasiones: cuando tuvo el infarto y cuando ingresó, prácticamente desahuciado. No sé por qué, pero me tomó mucha simpatía. Una vez me dijo que yo le recordaba a una hija que había tenido y que murió hace casi veinte años.

—No es una comparación agradable, Mary —observó Dean.

—Pero yo no sabía entonces la clase de hombre que era. A decir verdad, me enteré después de su muerte.

—Y él nunca te mencionó nada sobre un millón doscientos cincuenta mil dólares y una libreta de notas.

—No. Sólo me dijo que tenía algo importante que comunicarme, pero yo tuve que salir entonces de su habitación. No era el único paciente al que atendía, aunque sí es verdad que pasaba con él más rato que con otros. Francamente, me daba pena verlo tan viejo, solitario y abandonado de todo el mundo...

—¿No iba nadie a verle? —se sorprendió Dean.

—No, Néstor.

—¿Se quejó él a este respecto?

—Tampoco. Pero ahora me explico por qué no le visitaba ninguno de sus familiares o amigos. Estaba en el hospital con otro nombre: Richard Jones. Si alguien preguntó por Cranmore en información, lógicamente tuvieron que negar su presencia en el St. Mathew's.

—Es un detalle muy interesante —dijo Dean—. ¿Quién lo trajo al hospital?

—Una ambulancia, claro. Por lo que sé, él se encontraba solo en su casa cuando se sintió enfermo. Ingresó como Richard Jones y...

—¿No tuvo tiempo de decirte esa cosa tan importante?

—Cuando regresé a su habitación, había entrado en coma. Murió dos días más tarde, sin haber recobrado el conocimiento —respondió Mary.

CAPÍTULO VI

Callaron durante unos minutos. Mary comía con buen apetito. Los colores volvían a su hermoso rostro paulatinamente.

De repente, sonó el teléfono.

Dean levantó el aparato.

—¿Sí?

—Néstor, buena la has armado —dijo Sills.

—¿De veras? —El joven sonrió—. ¿Qué se corre por ahí, Homer?

—Parece ser que en la casa de Ku-Luang ha entrado un tornado.

Woo, el verdugo, tiene los dos hombros atravesados, Ku, una mano hecha una lástima. Uno de sus hombres está ahora con Confucio y...

Bueno, parece también que en el
Star's

Triangle hubo un pequeño terremoto.

—Sí, me moví un poco anoche —convino Dean.

—¿La has encontrado?

Dean dudó un momento.

—Te diré que sí, pero a condición de que cierres el pico, Homer.

—Dalo por cerrado y sellado con siete sellos y doce candados.

¿Sabe algo del asunto Cranmore?

—No, nada. Sin embargo, hay algo que me extraña, Homer.

—Dímelo, quizá yo pueda aclararte algo.

—Cranmore se sintió enfermo y pidió una ambulancia. ¿Cómo es que un tipo como él no tenía a nadie que le acompañase en su casa?

—No lo sé, Néstor. La mujer de Cranmore murió hace cuatro o cinco años. Tenía una hija de unos veinte, pero murió también, mucho antes que la madre.

—¿No tenía siquiera un ama de llaves que cuidase de él? Parece un tanto extraño que un hombre, que ya andaba por los tres cuartos de siglo, viviese solitario como un eremita.

—Ignoro todo lo que se refiere a este asunto. ¿Te interesa?

—Sí, Homer.

—Bueno, haré lo que pueda. Ya te llamaré. Ah, un consejo.

—Dime, por favor.

—Guárdate de Hickory. Está que despide llamas.

—Buscaré un extintor de incendios. Adiós, compadre.

—Suerte, Néstor.

Dean dejó el teléfono en la horquilla y se volvió hacia la muchacha.

—Mary, se me ha ocurrido una idea —dijo.

Ella le miró con ojos de interés.

—¿Qué te traes ahora en mente?

—Ir a la casa de Cranmore.

—Para ver si encontramos algo, ¿verdad?

—Sí, Mary.

La muchacha dudó un momento. Dean alzó una mano.

—No te obligo a que vengas —dijo—. Puedes quedarte aquí...

—Al contrario, conviene que te acompañe —sonrió Mary—. Da la casualidad de que conozco bastante bien la casa de Cranmore.

—¡No! —se asombró él.

—En un par de ocasiones, me pidió que le trajera algunas cosas personales y me entregó la llave. Claro que me dio la dirección, aunque nunca se me ocurrió pensar que allí vivía Cranmore y no Richard Jones. Por otra parte, no toqué nada, fuera de lo que necesitaba llevarle.

—Entiendo. Es una suerte que hayas estado en aquella casa, Mary.

—Y más todavía: conservo la llave que me entregó.

Dean respiró.

—¡Increíble!

—Cuando estuve por segunda vez, a llevarle algunas cosas que necesitaba, la dejé en mi bolso, porque él me lo pidió —explicó Mary—. No sé qué habría visto en mí, pero confiaba plenamente y me dijo que así no tendría que molestarme cuando volviese otra vez a su casa. Esto fue la víspera de que entrase en la agonía. Luego, nadie reclamó la llave, ni vi tampoco a ningún familiar que se acercase después de su muerte. En fin, no había vuelto a pensar en ello, hasta que me vi envuelta en toda esta serie de desagradables acontecimientos.

—Eso nos facilitará las cosas, aunque, bien mirado, tampoco la habría echado en falta —sonrió Dean—. Sin embargo, lo interesante es que conoces la casa.

—Así es, Néstor.

Dean consultó su reloj.

—¿Cómo van tus ánimos?

—Perfectamente. Estoy en magníficas condiciones.

—A pesar del susto.

Mary sonrió alegremente.

—A pesar de los chinos que me raptaron. Creía estar interpretando una película de Fu-Manchú.

—Era real. La rata no era de guardarropía.

—Lo sé, pero llegaste tú, como caído del cielo.

—No soy un ángel precisamente —rió Dean—. Iremos al oscurecer, si te parece bien.

—Estaré dispuesta, Néstor.

La casa aparecía solitaria y en el jardín que la rodeaba se veían ya claras señales de abandono. En tiempos, aquel edificio había sido una central del crimen. Ahora todo aparecía mustio y ajado y, en el interior, supuso Dean, lleno de polvo y hasta telarañas.

—Es curioso —dijo él, cuando ya se acercaban a la puerta—. Cranmore murió hace meses. ¿Nadie ha reclamado la propiedad de la casa?

—¿Cómo puedo saberlo yo? Después de su muerte, ya no había vuelto por aquí ni tampoco me había preocupado de nada. Suponía que habría herederos y no tenía por qué sentir interés por algo que no me concierne.

—Sí, tienes razón. ¿Quieres abrir?

Mary sacó la llave del bolso. La puerta se abrió sin dificultad, aunque con algunos chirridos de bisagras ya oxidadas. Dean encendió primero un fósforo y luego vio el interruptor junto a la entrada.

Las luces del gran vestíbulo brillaron inmediatamente. La casa olía a humedad y abandono. Había polvo por todas partes y, como había imaginado, telarañas en algunos sitios, en especial en la gran lámpara central que pendía del techo.

El edificio era de estilo colonial, construido actualmente, pero con tendencia al estilo de fines del siglo XVIII. Frente a la entrada,

había una gran escalinata que se dirigía a la planta superior, dividiéndose en dos ramas a media altura, para llegar a una gran balaustrada de sección rectangular, que contorneaba el vestíbulo, a la altura del primer piso.

Reinaba un silencio absoluto. Impresionada, Mary dijo, aunque en tono de broma:

—Sólo nos faltaría ahora ver al conde Drácula en lo alto de la escalera.

—Puede que no sea el conde Drácula, pero es evidente que alguien ha estado aquí recientemente —contestó Dean—. ¡Mira!

Los ojos de la muchacha se fijaron en el suelo, que le señalaba él con la mano. Mary dejó escapar un ligero grito al ver las, huellas de pisadas, nítidamente marcadas en el polvo que cubría el suelo.

Dean se acuclilló un instante y examinó las huellas. Luego se incorporó.

—Son muy recientes; no han tenido tiempo de cubrirse de polvo otra vez —dijo.

—¿Estará aún por casa? —preguntó Mary, aprensiva.

—Por si acaso, ponte detrás de mí.

Dean llevaba consigo el paraguas, ya que era un arma que podía sacarle de apuros en circunstancias críticas, como ya había sucedido una vez. Lentamente, en silencio, siguiendo la dirección de las pisadas, avanzaron hacia una puerta que había a la derecha del vestíbulo.

El joven abrió muy lentamente, con el paraguas a punto. Encendió la luz y vio que se hallaban en el umbral de una estancia que era gabinete y biblioteca, todo al mismo tiempo.

El lugar se hallaba completamente revuelto. Los muebles aparecían desventrados a cuchilladas y los libros y papeles llenaban el suelo por completo. Había varios cuadros, cuyas telas habían sido destrozadas por alguna herramienta cortante. La caja fuerte, que había estado oculta por un cuadro, aparecía abierta, pero se la veía completamente vacía. Dean lanzó un suspiro.

—Quienquiera que sea, se nos anticipó y se llevó lindamente un botín de millón y cuarto —dijo.

De pronto, Mary avanzó hacia la caja y la estudió atentamente unos segundos. Luego se volvió hacia el joven.

—Néstor, perdona que te contradiga, pero esa suma no podía

estar en la caja.

Dean alzó las cejas.

—¿Por qué?

—Es demasiado pequeña para tanta cantidad de billetes —alegó la muchacha.

—Bueno, ahí caben perfectamente mil doscientos cincuenta billetes de mil dólares.

—Dudo mucho que Cranmore guardase ese dinero en billetes de a mil. Pudiera ser, pero no lo creo. Los billetes de mil no abundan como las moscas, precisamente.

—Quizá tengas razón, pero no me negarás que una libreta sí cabía ahí perfectamente.

—Verás... También tengo mis razones para sospechar que el ladrón no encontró lo que buscaba.

—A ver, explícate, por favor —rogó Dean.

—Cranmore dijo que tenía que darme algo importante. ¿Por qué no me indicó que lo cogiera en el segundo viaje, al menos? Es decir, si se refería al dinero y a la libreta.

—Es posible que tengas razón —murmuró él—. De todas formas, y ya que estamos aquí, vamos a darnos una vueltecita por el resto de la casa.

Había una ventana entreabierta y las huellas acababan al pie de la misma.

—El intruso salió por allí —dijo Dean.

—¿Por qué no usó la puerta?

Dean hizo un gesto vago.

—El comportamiento de las personas, a veces, es incomprensible —repuso—. Sigamos, Mary.

Abandonaron el gabinete y pasaron a la habitación de enfrente, un lujoso comedor, que aparecía completamente en orden, aunque con polvo por todas partes. Allí no se había tocado nada desde el momento en que el dueño de la casa fue llevado por segunda y última vez al hospital.

—Una de las cosas que más me intrigan es que no apareciera ningún familiar en el momento de la muerte o, al menos, en el entierro —dijo Dean, mientras emprendían el ascenso al primer piso—. ¿Podrías darme tú alguna explicación sobre ese misterio?

—Primero, la mujer y la hija de Cranmore habían muerto.

Segundo, estaba hospitalizado como Richard Jones y bajo este nombre se hicieron todos los trámites legales después de su muerte. Recuerda que yo no supe que era Cranmore hasta que tú me lo dijiste.

—Sí, es cierto. Murió un Richard Jones y luego, cuando amigos y enemigos se enteraron, él llevaba ya días bajo seis palmos de tierra. ¿No es así?

—Exacto, Néstor —corroboró la muchacha.

Llegaron al primer piso y empezaron a revisar los dormitorios. Mary se dirigió al que había sido de Cranmore, y en el que había estado ya otras dos veces, mientras Dean entraba en el contiguo. Resueltamente, se dirigió a un gran armario ropero, de puertas corredizas, y deslizó una de ellas, para examinar su interior.

En el interior del armario había un hombre que la miraba fijamente. Mary se armó de valor y exclamó:

—¿Qué hace usted aquí?

El hombre no contestó.

—Vamos, diga algo. No se quede callado como un muert...

La muchacha se interrumpió en el acto.

—Me parece que tiene motivos para estar callado como un muerto —añadió, pasados algunos segundos.

Levantó la voz:

—¡Néstor, ven!

—¿Has encontrado algo?

—Sí, un cadáver en el ropero.

CAPÍTULO VII

Dean llegó a la carrera y respingó al ver el cuerpo erguido y firme en el interior del armario.

—De modo que está muerto.

—No respira, Néstor.

—Un síntoma indiscutible. Pero tampoco veo señales de una herida. ¿Estrangulamiento?

—Habría huellas en la garganta y está limpia.

—¿Veneno?

Mary se acercó un poco.

—No veo manchas en la piel y los ojos aparecen normales, así como los labios. Habría espumilla de saliva o restos de la misma, ¿comprendes?

—Seguramente, habrás estudiado Toxicología en la Facultad —sonrió Dean.

—He tomado parte en varios estudios patológicos, vulgo autopsias, antes de darme cuenta de lo que me gustaba era la Pediatría. Estoy por apostar que ese hombre tiene la herida en la espalda.

—Un balazo, tal vez.

—Pudiera ser, aunque creo que habría sangrado por la boca. Más bien pienso en un estilete.

—Pero ¿cómo no se viene abajo? Lo que debía haber hecho ese cadáver, cuando abriste el armario, es caerse encima, como pasa en las películas de terror. Sin embargo, sigue firme...

Mary avanzó la cabeza un poco y miró a lo largo del armario.

—Hay varios ganchos en la pared del fondo. Estará sujeto a uno de ellos.

—¿Quieres que lo descuelgue, para que puedas averiguar las causas de la muerte?

—¿Podrás dejarlo luego tal como estaba?

—Claro.

Dean le pasó el paraguas. Luego alzó en vilo al muerto y lo atrajo lentamente, hasta depositarlo en el suelo.

—Pesará unos sesenta y cinco kilos —calculó—. Cuarenta y cinco o cincuenta años, delgado y, probablemente, con una dolencia estomacal.

—¿Cómo lo sabes, Sherlock Holmes?

Dean le enseñó un tubito de vidrio que había en el suelo.

—Se cayó al sacarlo. Son tabletas contra la acidez.

Mary asintió. Con gran cuidado, examinaba la espalda del muerto en la que, de momento, no se apreciaban señales de herida alguna. Levantó la chaqueta y vio que la camisa aparecía completamente blanca.

—¿No se habrá muerto de un ataque al corazón? —sugirió Dean.

—Soy una estúpida —dijo Mary de pronto—. Tiene hundida la parte posterior del cráneo.

—Oh... pero no ha sangrado...

—He oído hablar de porras de cuero, llenas de arena.

—Sí, yo también. Un arma terrible y que no deja señales, pero que puede hundir la bóveda craneana, bien manejada, por supuesto.

—La muerte ha sido instantánea. Ni siquiera hay señales en su rostro de convulsiones debidas a una breve agonía. Y debió de ocurrir hará una hora, noventa minutos todo lo más —dictaminó la muchacha.

—Bien, ahora sólo falta una cosa —dijo Dean.

Registró el cadáver y encontró documentos a nombre de Benjamín Crowlech. El domicilio le resultó conocido.

—Lo he oído en otro sitio y ahora no puedo recordar —murmuró—. Mary, ¿lo cuelgo otra vez?

—Por mí, estoy lista.

Dean levantó el cadáver y lo dejó en la misma postura.

—Habrá que borrar huellas —dijo.

—Las del vestíbulo, sobre todo.

—Buscaré una escoba, es lo mejor.

Treinta minutos más tarde, abandonaban la casa en silencio. Dean juzgó prudente avisar a la Policía, aunque lo hizo en forma anónima. Antes de las diez de la noche, estaban de regreso en su apartamento.

Cuando entraban, sonó el teléfono. Dean se apresuró a descolgarlo.

—¿Urphex?

La voz era de mujer. Dean contestó:

—Usted no es mi agente artístico.

—Claro que no. Soy Shaddie y quiero hablar contigo.

—¿Cuándo?

—¿Puedes venir hoy mismo?

Dean vaciló. Shaddie añadió.

—No es una trampa. Estaré en mi apartamento privado. Te indicaré la dirección.

—¿A solas?

—A solas.

—Si tratas de jugarme una mala pasada, te lo haré pagar caro.

—Soy sincera, Néstor.

—También sabes mi nombre.

—He investigado —rió Shaddie.

—Comprendo. Iré enseguida.

—Gracias.

Dean colgó el teléfono y se tironeó del labio inferior pensativamente. Mary le contemplaba con curiosidad.

—Me llama la dueña del

Star's

Triangle —dijo el joven pasados unos instantes—. Debo ir, pero no me gustaría dejarte sola. Puede que a mí no me hagan nada, pero es a ti a quien buscan.

—Bueno, me cerraré con llave por dentro...

—Eso no es suficiente —de pronto, Dean chasqueó los dedos—. Ven, ya tengo la solución.

Momentos más tarde, estaba a bordo de su coche, con el inevitable paraguas al lado. A pesar de todo, no se fiaba de Shaddie.

Shaddie vestía ahora una bata muy corta, que permitía ver unas piernas espléndidas. Las mangas eran amplias, holgadas, y la sujetaba con un cinturón de tejido de oro alrededor de su cintura.

Llenó el vaso y se lo entregó a su huésped.

—No te guardo rencor —dijo.

—Lo celebro.

—Pero pegas muy duro.

—Estaba furioso.

—Me lo imagino. Ku-Luang se me adelantó, ¿verdad?

Dean tomó un sorbo. Luego asintió.

—No le sirvió de nada —dijo.

—¿No consiguió hacerla hablar?

—Iba a someterla al tormento de la rata hambrienta cuando yo llegué —respondió el joven.

—¿Rata hambrienta?

Dean se lo explicó. Shaddie vomitó una interjección.

—¡Cerdo! —Silabeó.

—Parece que no le tienes ninguna simpatía —observó él.

—Ninguna. Es un tipo odioso...

—Shaddie, tú no me has hecho venir para explicarme tus sentimientos acerca de Ku. ¿Qué quieres de mí?

Ella sonrió, mientras le contemplaba fijamente.

—Eres un hombre muy apuesto —respondió.

—Gracias. No eres la primera que me lo dice.

—Y encantador y valeroso y decidido...

—Si sigues así, me pondré colorado.

—Además, también eres inteligente.

—Lo admito.

—Y los hombres inteligentes, más que luchar contra algo muy difícil, aceptan establecer pactos que les permitan conseguir la mayor parte de lo que buscan.

—¿Por ejemplo?

Shaddie se sentó en el diván y recogió las piernas bajo el cuerpo.

—Sesenta por ciento para ti. Cuarenta para mí. Y la libreta —respondió.

Dean guardó silencio un momento.

—Tres cuartos de millón para mí —dijo al cabo.

—Exactamente.

—Quinientos mil para ti... ¿Por qué me cedes una parte mayor?

—Me quedará la libreta, Néstor.

—Entiendo. Con la libreta en tu poder, será como si les hubieras puesto una anilla en la nariz.

—Exactamente.

—Bien. Supongamos que acepto. En tal caso, ¿qué tendría que hacer?

—Tienes a la chica. Ella sabe dónde está el dinero y la libreta. Sonsácala.

—¡Hum! —dudó el joven.

—Sé que eres un tipo al que pocas se le resisten. He oído hablar de tus conquistas. Esa enfermera no te costaría demasiado, Néstor.

Dean no contestó. Entonces, Shaddie se puso en pie y, lentamente, se quitó el cinturón y abrió la bata, separándola por completo de su cuerpo.

—Ahora no llevo faja. No llevo nada —dijo, terriblemente incitante.

Dean seguía callado. Ella sonrió.

—¿No te agrada el panorama?

—Es precioso —dijo él—. Pero...

Una voz sarcástica le interrumpió de repente.

—Un panorama encantador, pero puede ser destruido en unos instantes, si no levantan ambos las manos inmediatamente.

Dean se puso en pie de un salto, mientras Shaddie, gritando, volvía a cubrir su cuerpo.

Tres hombres habían irrumpido en la casa, dos de los cuales estaban armados con sendas pistolas. Dean conocía a estos dos. El otro le resultaba perfectamente desconocido, aunque adivinó su identidad.

—¿Hickory?

El hombre asintió. Contaba unos treinta y seis años y tenía el pelo negro y rizado. Resultaba muy atractivo y, sobre todo, cuidaba con esmero su indumentaria.

—El mismo, Urphex.

Dean sonrió.

—Tenía ganas de conocerle —manifestó.

—No lo ha demostrado prácticamente —respondió Hickory.

—He estado muy ocupado.

—Cuidado, jefe —advirtió Haskell—. Ese tipo es muy peligroso.

—Tenéis dos pistolas, ¿no?

Shaddie levantó la barbilla.

—Está bien, Dane Hickory. Di de una maldita vez lo que tengas que decir y lárgate de mi casa. Estás aquí sin mi permiso, por si no lo recordabas.

Hickory soltó una risita despectiva.

—Sí, me voy a marchar inmediatamente. Aunque no solo, por supuesto.

Chasqueó los dedos de la mano derecha.

—Vamos, Urphex —añadió.

—¿Debo sospechar que esa orden está relacionada con lo que dejó Cranmore a su muerte?

—Sí, en efecto. Y le diré aún más: quiero saber dónde está la enfermera Usted la ha escondido y, créame, le obligaremos a que nos lo comunique.

Dean sonrió para sí. Con toda seguridad, los sicarios de Hickory habían estado en su apartamento, decididos a llevarse a Mary. Pero no la habían encontrado, gracias a las medidas que él había tomado como precaución para evitar un nuevo secuestro.

—Muy bien, a sus órdenes, señor Hickory —se volvió hacia Shaddie—. Encanto, otra vez será.

Shaddie lanzó una gruesa interjección. Hickory la apuntó con el índice.

—Escucha esto bien, muñeca —dijo—. El dinero y la libreta serán para mí. Sal de este asunto y no metas más las narices... o te quemaré el local, contigo dentro. ¿Está claro?

—¡Vete al infierno, bastardo! —gritó ella descompuestamente.

Dean levantó los ojos.

—¡Qué lenguaje, señor! —murmuró.

Haskell y Benson se situaron a sus costados, apretando las pistolas contra su espalda.

—Cuidado con las jugarretas —avisó el primero.

—Esta vez no nos dejaremos sorprender —aseguró Benson.

—Son hombres precavidos, no cabe duda —sonrió el joven.

Salieron de la casa. Hasta llegar a la acera, había unos quince metros de espacio, cubierto en parte por césped, parterres con flores y algunos árboles. Las lámparas, salvo la de la entrada, estaban apagadas. Sólo llegaba la luz de un farol situado en la acera, a unos treinta metros.

Dean empezó a pensar en la conveniencia de emplear su poder hipnótico para solucionar su situación. Pero antes de que hiciera nada, alguien lanzó un estridente chillido a corta distancia.

El joven se volvió. Dos individuos, vestidos con ropas oscuras, se arrojaron contra el grupo, blandiendo algo que despedía vivos

destellos metálicos.

CAPÍTULO VIII

Haskell lanzó un alarido:

—¡Los «cortacabezas» de Ku! —gritó.

Dean se tiró inmediatamente al suelo. Los dos orientales cargaron con furia contra los hombres de Hickory.

Benson tuvo tiempo de hacer un disparo, pero falló. El machete del oriental no falló.

Dean vio saltar una cabeza por los aires, limpiamente separada del tronco por la hoja tan afilada como una navaja de afeitar. En el mismo instante, sonaron varios estampidos.

El oriental se derrumbó. Arrodillado a poca distancia, Haskell disparaba frenéticamente su pistola.

El otro chino cayó antes de llegar hasta Haskell. Dean captó la nueva situación en fracciones de segundo.

De Hickory no había el menor rastro. El sujeto, despavorido, había escapado a todo correr. Dean no pensaba quedarse allí, junto a tres cadáveres, uno de los cuales tenía la cabeza por un lado y el resto del cuerpo por otro.

El paraguas se movió velozmente y su puño se abatió sobre la sien de Haskell. Se oyó un gruñido. El hampón se desplomó fulminado.

Dean se puso en pie y echó a correr. Su coche estaba a cierta distancia de la residencia de Shaddie, pero no pensaba detenerse para recogerlo. Todo automóvil que se alejase rápidamente de aquellos parajes podría ser considerado como sospechoso. Habían sonado demasiados disparos y la vecindad empezaba a alertarse. Lo mejor era seguir el procedimiento de Hickory: desaparecer de aquellos parajes.

Y cuanto antes, mejor. Buscó las zonas oscuras y corrió hasta estar al menos a un kilómetro de distancia. Luego recobró el paso normal y caminó como un inofensivo transeúnte que regresaba a su

casa dando un paseo.

A lo lejos se oían sirenas de coches policiales. Sin otro inconveniente, Dean regresó a su casa y se acostó tranquilamente. A pesar de todo, le costó bastante conciliar el sueño. Había sido una visión de brevísima duración, pero no podía quitarse de la mente la horrible imagen de la cabeza de Benson volando por los aires.

Al fin, consiguió dormirse. Cuando despertó, oyó ruidos en el apartamento.

Lo primero que hizo fue agarrar el paraguas, en actitud puramente defensiva. Luego percibió olor a café.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

—El desayuno estará listo dentro de diez minutos —gritó Mary desde la cocina—. Tienes el tiempo justo para asearte, Néstor.

El joven sonrió. Apartó a un lado las ropas de la cama y fue al baño. Cuando apareció en la sala, vestía una camisa, pantalones y mocasines.

Mary llegó, radiante de belleza, con una bandeja en las manos. La indumentaria de la muchacha consistía en blusa de manga corta, *shorts* y una ancha cinta de color amarillo, que ceñía su frondosa cabellera negra.

Dean la contempló embobado.

—Estás preciosa —dijo.

—Gracias —contestó Mary, ruborizándose—. ¿Qué tal has pasado la noche?

—Al principio resultó bastante agitada —Dean llenó una taza y tomó unos sorbos de café—. Luego, por fin, conseguí dormirme.

—¿Qué tal la entrevista con Shaddie Brareton?

—La entrevista, en sí, tuvo un desarrollo normal. Lo malo es lo que vino después.

—He oído las noticias de la radio. Hubo una batalla terrible y murieron tres hombre. A uno de ellos le cortaron la cabeza.

—Yo lo vi, Mary.

Ella se puso muy seria.

—¿Sí, Néstor?

—Hickory llegó a casa de Shaddie y se me llevaron prisionero. Entonces, aparecieron dos de los chinos de Ku-Luang con sus machetes. Hubo muchos tiros y una cabeza cortada. Hickory escapó por un lado y yo por otro. Eso es todo lo que pasó... fuera de la

casa.

—¿Y dentro?

—Shaddie intentó conquistarme.

—¿Es guapa?

—Bastante. No tanto como tú, por supuesto, aunque sí es otro tipo de belleza.

—¿Picaste? —preguntó Mary sonriendo maliciosamente.

—No puedo responderte.

—¿Cómo? ¿No sabes si te sedujo o no?

—Bueno, es que cuando la cosa parecía que se iba a poner interesante, aparecieron en escena Hickory y sus *boys* y se me llevaron.

—Ah, comprendo. Bueno, ¿qué quería Shaddie?

—Me ofrecía el sesenta por ciento. Para ella, el cuarenta y la libreta.

Mary silbó, admirada.

—El sesenta por ciento son...

—Tres cuartos de millón.

—¿Y lo aceptaste?

—¿Aceptarías tú?

—Creo que no. Es un dinero que no me pertenece y, además, obtenido por medios poco o nada honestos, y hasta a costa de la sangre de muchas personas. Pienso que no podría disfrutar a gusto de los placeres que pudiera conseguir con esa fortuna.

—Coincidimos —dijo Dean—. Pero hay otros que no piensan como nosotros.

—Lo sé. —Mary se mordió los labios—. Si supiéramos dónde está ese dinero...

—¿Qué harías con él? —preguntó el joven.

—Bueno, lo entregaría a la Policía, para que lo destinase a obras benéficas, por ejemplo.

—Suponiendo que no aparecieran herederos de Cranmore.

—Ah, eso ya no sería cuenta nuestra, Néstor.

—Sí, es cierto. Mary, ¿qué tal has pasado la noche en el apartamento del conserje?

—Bien. ¿Por qué lo preguntas? —se extrañó ella—. Son una gente muy amable...

—Hickory y los suyos estuvieron aquí, antes de ir a casa de

Shaddie.

—Entonces, tu precaución resultó acertada.

—Pensé que la llamada de Shaddie podría ser una trampa. Claro que no fue ella quien me la tendió, pero el resultado fue el mismo.

—Estoy preocupada, Néstor —confesó la muchacha—. ¿Por qué se empeñan en atosigarme, si yo no sé nada?

—Ellos creen que lo sabes —dijo Dean.

—Sí, lo estoy viendo —contestó Mary, un tanto deprimida—. Y no sé qué hacer para salir de esta situación...

—Hay algo que a mí me gustaría saber. Podría resolver algunas de nuestras dudas.

—¿De qué se trata, Néstor?

—Cranmore no vivía solo, aunque sí lo estaba, cuando se puso enfermo por última vez. ¿No tenía un ama de llaves o algo por el estilo?

—Me parece que sí. Le oí mencionar a una tal señora Cooper. Incluso me dijo que si la veía, que quería que fuese a visitarle al hospital. Pero en las dos ocasiones en que fui a la casa, no la encontré ni he sabido nada de ella.

—Es extraño que esa mujer haya desaparecido tan misteriosamente. Será cosa de empezar a investigar, para ver si podemos dar con ella.

—No sabemos dónde puede estar...

—Precisamente por eso vamos a investigar.

Dean y Mary se contemplaron recíprocamente unos segundos y luego rompieron a reír a la vez. Ella dijo:

—Siento todas las complicaciones que te estoy causando.

—Bah, no te preocupes. A fin de cuentas, es un medio como otro cualquiera de combatir el aburrimiento. Recuerda que estoy sin trabajo.

—Sí, es cierto.

Mary apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos.

—Quiero hacerte una pregunta, Néstor.

—Adelante, soy todo oídos.

—Te he visto engañar a algunos, haciéndoles creer cosas irreales. También eres hipnotizador, parece.

—Verás —respondió él—. Hipnotizar a la gente no es cosa que me agrade demasiado y si ahora, en alguna ocasión, he recurrido a

ese método, ha sido forzado por las circunstancias.

—Néstor, con tus poderes podrías llegar a ser rico y famoso —adujo la muchacha.

—Prefiero continuar como hasta ahora, Mary.

—¿Por qué?

—He conocido a varios hipnotizadores que lo hacían maravillosamente y que tenían poderes realmente increíbles. Algunos de ellos hacían cosas que no parecen de este mundo. Pero la mayoría terminan mal.

—¿Cómo? ¿Qué les sucede? —se asombró la muchacha.

Dean hizo un gesto con la cabeza.

—Enloquecen —respondió.

—¿Es posible?

—Desarrollan tanto su potencia mental que, al fin, se convierten en esclavos de su propia mente. Acaban por autodestruirse y, aunque no es una regla general, y muchos de ellos finalizan su vida artística con toda normalidad, yo me siento incapaz de predecir mi futuro, si me dedicase a esta especialidad. Conozco un par de casos que terminaron horriblemente. Ahora están en sendas celdas acolchadas, convertidos en unos vegetales con figura de hombre. No me gustaría que a mí me sucediera una cosa semejante.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó Mary fervorosamente—. Haces bien, Néstor. Sigue como eres, con tu paraguas mágico, tus juegos de manos... y tu bola de cristal.

—La cual, por cierto, es inservible para adivinarme el porvenir.

—No lo lamentes, Néstor.

Hubo un instante de silencio, roto bruscamente por el estridor del timbre telefónico.

—Dean —dijo el joven.

—Hola, Néstor —dijo Sills.

—Ah, Homer. ¿Algo nuevo?

—¿Conoces las noticias de la matanza?

—Estuve a un pelo de que a mí no me tocara figurar en la lista de cadáveres.

—¡Caramba! ¿Andabas por allí? —se asombró Sills.

—Sí, pero ya te lo contaré otro rato. ¿Hay más novedades?

—Shaddie ha sido interrogada. Dice que sólo oyó gritos y disparos delante de su casa, pero que no vio nada, hasta que acabó

el jaleo. ¿Tú la crees?

—Respecto a eso, sí, aunque de sobras se imaginará por qué se produjo la batalla. Hickory estaba allí y salió por piernas.

—Los chinos de Ku son terribles. Ese hombre se ha creído Fu-Manchú, aunque no sé qué le pasará; le he visto con un brazo en cabestrillo y la mano vendada. A Woo tienen que darle de comer con cuchara; no puede usar sus brazos.

—Les pinché yo, Homer.

—Oh... Eres terrible, pero ten cuidado. Ku no perdona una ofensa, por mínima que sea.

—Lo tendré en cuenta, descuida. Oye, ¿puedo pedirte un favor?

—Desde luego, lo que sea. ¿De qué se trata, Néstor?

—Cranmore tenía una asistente o ama de llaves, no sé exactamente. En fin, una sirvienta. ¿La conociste tú?

—Espera un momento... Sí, la vi un par de veces...

—¿Acaso estuviste en casa de Cranmore? —se extrañó Dean.

—Bueno, a veces... me llamaba para que le hiciese... algún favor.

—Información.

—Más o menos, Néstor.

—Bien, sigue, cuéntame de la sirvienta. ¿Cómo se llamaba?

—Espera... Sí, ahora recuerdo. Flossie... Flossie Cooper.

Dean sonrió. La respuesta de Sills coincidía con las declaraciones de Mary.

—Me gustaría encontrarla. ¿No podrías hacer tú nada al respecto?

—Lo intentaré, aunque no te aseguro nada...

—En todo caso, dime cómo era, qué aspecto tenía y demás. Tal vez yo así pueda conseguir algo.

—Está bien. Resultaba bastante guapa, a sus cuarenta años, más o menos. Pelo rubio, muy cuidado, y una silueta muy apetitosa, aunque casi siempre tenía una expresión adusta, poco amable. Al menos, conmigo, claro; supongo que con Cranmore se comportaría como era debido.

—Una rubia guapa, de cuarenta años... No es gran cosa, Homer —dijo el joven, decepcionado.

—Es todo lo que te puedo decir, porque, dentro de su belleza, el rostro resultaba bastante corriente. Ah, una cosa: siempre usaba los

mismos pendientes; parecía como si fuesen sus fetiches. Me fijé muy bien, porque nunca había visto una cosa igual.

—¿Cómo eran esos pendientes?

—Cinco perlas, en estrella de cinco puntas, claro. Las perlas, estoy seguro, eran auténticas.

—Entonces, los pendientes valían una fortunita. Un poco extraño en una sirvienta, ¿no?

—No se me ocurrió preguntarle dónde los había conseguido, Néstor —respondió Sills.

—Claro, claro. Gracias, Homer...

—Ah, otra cosa. ¿Sabes que han encontrado un cadáver en la casa de Cranmore? Se llamaba Ben Crowlech y era socio de Ryle Auburn.

Dean chasqueó los dedos.

—¡Ahora recuerdo! —exclamó.

—¿Sí? —dijo Sills.

—Nada, Homer, nada. Gracias otra vez.

Dean colgó el teléfono y se volvió hacia Mary, que le contemplaba expectantemente.

—Ya sé por qué el domicilio de Crowlech me parecía conocido. Era el mismo que el de Auburn, su socio en la agencia de detectives.

—Es decir, trabajaban juntos —dijo la muchacha.

—Y murieron... posiblemente, no, seguramente, a causa de la misma investigación.

—Parece lógico suponerlo así, pero ¿quién les encargó esa investigación que, me imagino, se refería a un millón y cuarto de dólares y una libreta?

—Eso es lo que deberíamos tratar de saber, ¿no te parece?

—¿Cómo, Néstor?

—Es bien sencillo. Recuerdo perfectamente la dirección de Crowlech. Vamos a su casa y...

—Olvidas un pequeño detalle, Néstor —sonrió Mary.

—Dímelo, por favor.

—La Policía habrá estado allí y habrán registrado la oficina a conciencia.

—Sí, me lo imagino, aunque no por ello debemos dejar de echar un vistazo a los archivos de esos dos infelices. Quizá encontremos algún dato que para la Policía resulte sin interés y lo tenga para

nosotros.

—Muy bien —accedió Mary finalmente—. Fregaré los cacharros, me arreglaré y nos iremos a casa de Crowlech.

—Antes iremos a recobrar mi coche. Tuve que salir a toda velocidad y no quise escapar en automóvil, para no inspirar sospechas —dijo Dean.

—Muy bien, lo haremos como dices.

Mary cargó con la bandeja. Cuando se disponía a ir a la cocina, se detuvo un instante, en actitud pensativa:

—Un ama de llaves, con pendientes que valen una fortuna... Extraño, ¿verdad?

—Quizá se los regaló Cranmore, en agradecimiento por sus servicios —apuntó Dean.

—Pues ella no demostró gratitud, porque no estuvo a su lado en sus últimos momentos —dijo Mary, indignada—. El día que la encuentre, me va a oír, te lo aseguro.

Dean se echó a reír.

—Anda, date prisa —recomendó—. Tenemos mucho que hacer y no conviene perder el tiempo.

CAPÍTULO IX

Dean abrió la puerta con sus habilidades y cruzó el umbral primeramente.

—No es cortés, pero sí precavido —se excusó.

Los dos detectives habían vivido en un apartamento, en el cual tenían también su oficina. Dean se encaminó directamente al lugar de trabajo, en el que vio un par de archivadores metálicos.

La mayoría de los cajones estaban vacíos. Había algunas carpetas, con datos de diferentes casos y la mayoría de todos eran bastante antiguos. En una de ellas, sin embargo, encontró algo interesante.

—¿Mary? —llamó.

La muchacha acudió en el acto. Dean le enseñó la única hoja de papel que había en aquella carpeta.

—De F. C., Sycamore Road, 3715, a cuenta, \$3500. Investigación sobre paquete y libro de G. C. —leyó el joven.

—F. C. significa Flossie Cooper —dijo Mary.

—Supongo que sí, y G. C. tiene que ser Grantland Cranmore. Sycamore Road es su dirección...

—No —corrigió ella—. Es la dirección de Cranmore.

Dean se quedó parado.

—Entonces, Flossie dejó esas señas... Pero ¿por qué? Así no iba a recibir los informes que deseaba.

—Bueno, pero ella sí podía usar el teléfono desde otro sitio, ¿no?

—Tienes razón. Oye, un ama de llaves, con pendientes de perlas y que paga tres mil quinientos dólares a cuenta... Extraño, ¿verdad?

—A lo mejor es que empeñó los pendientes para pagar los gastos de la investigación —sonrió la muchacha.

—Posiblemente. La lástima es que no podamos saber dónde vive actualmente. Bueno, echaré un vistazo a las demás carpetas...

Dean revisó el resto de los archivadores. Una de las anotaciones

llamó un tanto su atención.

—Pagado a H. S, por informes,
\$500.

Pago final, por despido. Informador con iniciativas comprometedoras. ¿Quién será este tipo? —murmuró.

Se encogió de hombros.

—No nos interesa —añadió, a la vez que cerraba el archivador —. Mary, vámonos.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó la muchacha.

Dean la miró oblicuamente unos segundos.

—Mary, hemos pasado unos días bastante... alborotados —dijo al cabo—. ¿Qué te parecería una excursión a la casa de tu amiga?

—¿Donde me secuestraron?

—Sí. Los obuses no caen por segunda vez en el mismo sitio.

—Ni el rayo tampoco —rió la muchacha.

Dean la agarró por el brazo.

—Entonces, vamos a tomarnos un par de días de descanso y procurar olvidarlo todo durante esas cuarenta y ocho horas, ¿eh?

—Totalmente de acuerdo, Néstor —respondió Mary.

Nadó con lentas pero rítmicas brazadas, de vuelta a la orilla, y se puso en pie en las inmediaciones de la tierra firme, llevándose las manos a la cabeza para escurrirse el cabello. Dean, tendido al sol, la contempló con la sonrisa en los labios.

Mary vestía un traje amarillo, de una sola pieza, que moldeaba a la perfección las líneas de una silueta impecable. Cuando vio que se acercaba, abrió la nevera portátil y le ofreció una botella empañada por el frío.

—Mary, tuviste un novio que te dejó plantada, pero ¿no has tenido más pretendientes?

—A decir verdad, no me he preocupado en absoluto. Me interesaba más mi carrera.

—Quieres ser médico.

—Me falta un curso, Néstor. ¿Lo desapuebas?

—Oh, en absoluto, al contrario, me agrada enormemente. Algún día, sin embargo, pensarás en casarte.

—Pues..., sí, aunque no tengo prisa.

—Te conviene casarte cuanto antes, Mary.

—¿Por qué?

—Mujer, así podrás poner en práctica tus conocimientos... en la propia familia.

Mary se echó a reír.

—Todos los niños a los que atienda serán como mis propios hijos —contestó. Tomó un sorbo de refresco—. Y tú, ¿no piensas proporcionarme «clientes»?

—Oh, sí, ya tengo ocho o diez.

—¿Cómo? ¿Ocho o diez hijos?

—Eso, seguro. Posiblemente, son muchos más, pero la verdad es que no me he parado a contarlos.

—Néstor, es la primera vez que me encuentro con un hombre que no sabe cuántos hijos tiene. ¡Pero tú eres soltero!

—Ah, ¿es que los solteros no pueden tener hijos?

Ella le miró fijamente.

—Tú bromeas —dijo.

—Sí. No tengo ningún hijo. Aunque admito que... en fin, no soy insensible a los encantos del bello sexo y...

—¿Muchas aventuras?

—Ninguna dejó rastro, Mary.

—¿Seguro?

—Soy totalmente sincero.

—Alguna, sin embargo, te habrá impresionado más que las otras.

—Eso es cierto.

—¿Era guapa?

—«Es» guapísima.

—¿Dónde está?

Dean no contestó. Mary se dio cuenta de que él la miraba con fijeza.

—No... no me hipnotices, Néstor —dijo la muchacha con voz insegura.

—Mary —contestó él solemnemente—, no aceptaría nada de ti que no fuese dado con total libertad, con plena voluntariedad, ¿entiendes?

Ella asintió.

—Pero... son tan pocos días...

Dean alargó una mano, asió el brazo de la muchacha y tiró de ella hacia sí. Mary cayó sobre el joven. Los ojos de ambos estaban a

pocos centímetros de distancia.

—Néstor... no me hagas ser débil...

—Si eres débil, es porque quieres tú.

—¿Lo quieres tú también?

Dean no contestó. Pasó una mano por detrás de la cabeza de Mary y la atrajo hacia sí, buscando sus labios. Pero las bocas no se encontraron.

El ruido del coche que frenaba bruscamente a poca distancia, les arrancó en el acto del éxtasis en que habían caído.

Dean y Mary se separaron rápidamente y se pusieron en pie. El automóvil se había detenido a veinte metros escasos. Cuatro hombres se apearon.

Dean reconoció a Hickory y también a Boko Gratton. Los otros dos eran los mismos que habían intentado secuestrar a Mary la noche en que se conocieron.

—¿Qué querrán esos tipos? —murmuró ella.

—Ahora lo sabremos —contestó Dean.

Hickory avanzó resuelto, seguido por sus esbirros quienes, sin embargo, se detuvieron a cierta distancia. El hampón se paró a dos pasos de la pareja.

—Quiero hablar con los dos —manifestó secamente.

—Le escuchamos —dijo el joven.

—Ustedes saben lo que estoy buscando. Les propongo un trato.

—¿Sí? ¿Es interesante?

—El dinero me importa mucho, no voy a negarlo —declaró Hickory—. Pero hay algo que me interesa mil veces más.

—La libreta —adivinó Mary.

—Exactamente.

—Bien, ¿cuál es el trato?

—Setenta por ciento para los dos. Treinta por ciento para mí y la libreta, claro.

Dean se volvió hacia la muchacha.

—Esto parece una subasta —sonrió.

—¿Cuánto es el setenta por ciento de un millón doscientos cincuenta mil dólares? —preguntó Mary.

—Ochocientos setenta y cinco mil dólares —contestó Hickory rápidamente.

—Un buen pico, ¿verdad, Néstor?

—Esa libreta debe de estar compuesta por hojas de oro puro, adornadas con infinitad de piedras preciosas —dijo Dean.

—Vale mucho más de lo que se imagina —declaró Hickory.

—Sí, debe de valer... lo que puedan valer cientos de personas en su poder, ¿no es cierto?

—En todo caso, a ustedes no les toca. No son gente que pueda figurar en las anotaciones de esa agenda.

—Hickory, ¿y si le dijéramos que no sabemos dónde están el dinero y la libreta?

—Pensaría que quieren quedarse lo uno y la otra.

Hubo un momento de silencio. Dean meneó la cabeza.

—Todos están ciegos por el botín de Cranmore —dijo.

—Él se lo indicó a la chica, poco antes de morir —gritó Hickory.

—¡No! —desmintió Mary—. Jamás mencionó nada de ese dinero ni de una libreta con notas comprometedoras. Estarán en alguna parte, pero yo lo ignoro. Y el señor Dean también.

Hickory pareció sentirse desconcertado unos instantes. Vaciló, se mordió los labios y, al fin, emitió un gruñido.

—¿Dónde diablos pudo esconderlo aquel maldito Cranmore?

Repentinamente, un extraño sonido quebró el silencio que reinaba en aquella parte de la playa.

Dean reconoció el sonido en el acto. Era el seco estampido de un arma de fuego y, a juzgar por el volumen, se trataba de un rifle de gran potencia.

Alguien lanzó un feroz alarido y se retorció convulsivamente. El rifle disparó por segunda vez.

Gus Mainee dio un salto y cayó sobre la arena. Los otros dos, pistola en mano, se dispersaron rápidamente.

Hickory se echó al suelo instantáneamente. Una bala levantó un chorro de arena junto a su cabeza y lanzó un chillido de pánico.

Por su parte, Dean agarró la mano de la muchacha y tiró de ella.

—¡Ven, Mary!

Corrieron frenéticamente hacia el mar y se zambulleron en sus aguas en unos instantes. Mientras, el desconocido tirador continuaba disparando su rifle.

Hickory rodó sobre sí mismo y esquivó el segundo balazo. Otro de sus secuaces, Oscar Ladd, no fue tan afortunado y se llevó las manos a la cara, a la vez que lanzaba un desgarrador alarido,

cuando sintió la quemadura del proyectil justo en el puente de la nariz.

Boko alcanzó una duna y se tiró tras aquel parapeto improvisado. Dos balas del rifle hicieron volar la arena sobre su cabeza.

Dos cuerpos yacían inmóviles en la playa. Un poco más allá, se agitaba un tercero.

—¡Boko! —llamó.

—¡Jefe, Ladd y Gus están muertos! —informó Boko con un gemido.

—El tipo se ha marchado. Será mejor que nos larguemos.

—Sí, jefe.

Dean y Mary habían asomado la cabeza fuera del agua y contemplaban la escena desde una distancia prudencial, dispuestos a sumergirse de nuevo, si volvían a sonar los disparos. Pero no se produjeron más ataques.

Hickory y Boko se marcharon en su coche a toda velocidad. Dean salió del agua, y, con las manos en los costados, contempló el poco agradable espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

—Nos han dejado un buen paquetito —comentó sombríamente.

—Néstor, ¿qué hacemos? —preguntó ella, afligida.

—Lo mismo que han hecho Hickory y su gorila. Este lugar de la playa está absolutamente desierto. Si nos preguntan, diremos que nos habíamos marchado antes de que se produjera el tiroteo.

—Podemos alegar que no estuvimos...

—No. Encontrarían señales de ocupación en la casa y nos haríamos sospechosos. Dentro de diez minutos, podemos estar a bordo del coche. Esa diferencia de tiempo no resultará perceptible para los investigadores oficiales.

—De acuerdo, Néstor.

Corrieron hacia la casa. Dean, amargamente, se preguntó qué habría sucedido si el tirador no les hubiese interrumpido tan inoportunamente.

—Ojalá le dé un dolor de tripas bien fuerte —deseó, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—¿A quién te refieres, Néstor? —preguntó Mary.

—No, no tiene importancia...

Ella le dirigió una sonrisa llena de malicia.

Luego agarró su mano.

—Quizá no era aún el momento apropiado —dijo suavemente.

CAPÍTULO X

Vestido corrientemente, Dean entró en el bar donde su amigo Homer Sills solía acudir con cierta frecuencia. Tenía que hablar con él y no quería utilizar el teléfono.

Se acercó a la barra y pidió un *whisky*.

—¿Dónde está Homer? —preguntó a la *barmaid*.

—No tardará en venir. ¿Es amigo suyo?

—De la infancia. He estado en su casa, pero había salido...

—Andará por ahí. Nunca para; siempre está husmeando por todas partes. Algún día le van a curar ese maldito vicio de meter la nariz donde no le importa.

—¿Sí? —sonrió Dean—. ¿Cómo se lo pueden curar?

—Cortándole algo que usted se puede imaginar fácilmente. En este barrio hay gente con malas pulgas y a nadie le gusta que se metan con sus cosas. Perdona, pero tengo trabajo...

La *barmaid* se alejó. Alguien se acercó al joven en aquel momento.

—¿Me invitas a una copa, buen mozo?

—Estoy aguardando a un amigo —contestó Dean.

—Bueno, yo puedo entretenerte la espera. Creo.

Dean volvió la cabeza. La mujer ya no era joven, pero resultaba muy atractiva. El pelo era intensamente rubio, liso, partido en dos mitades y con moño en la parte posterior de la cabeza. Sí, resultaba bastante guapa y... en sus orejas se agitaban unos pendientes con cinco perlas cada uno.

—Me llamo Fanny —dijo la rubia.

Dean sonrió.

—Fanny, ¿no te parece que aquí hay demasiada gente?

—Sí, desde luego. Seguramente, preferirías tomar una copa en mi apartamento.

—No te quepa la menor duda.

—Bien, tengo el coche fuera...

—Andando, Fanny. Ah, yo me llamo Néstor.

—Encantada, Néstor.

Salieron a la calle. Dean pensó que ya volvería más tarde para hablar con su amigo. Ahora, increíblemente, tenía a su lado al ama de llaves del difunto Cranmore.

La rubia condujo con seguridad, sin altibajos, pero su casa estaba a bastante distancia de la taberna y emplearon casi media hora en llegar a ella. Cuando entraron en el apartamento, la rubia dijo que iba a retocarse un poco.

—Sírvete, Néstor —indicó.

Dean se acercó a la mesita de los licores. El apartamento estaba bien, sin grandes pretensiones; saltaba a la vista que se trataba de una decoración en serie. Se preguntó qué habría hecho el ama de llaves durante aquellos meses.

Encima de un aparador, divisó una fotografía con marco de plata. Al acercarse para examinarla, vio el retrato de un hombre muy viejo, con el pelo blanco y una sonrisa entre astuta y simpática. Al pie de la fotografía había una dedicatoria, pero no tuvo tiempo de leerla.

La rubia salió en aquel instante, atándose el cordón de la bata que se había puesto. Dean le entregó un vaso.

—Toma, Flossie Cooper —dijo.

La rubia había alargado la mano para coger el vaso y detuvo el gesto un instante. Luego lo completó y tomó un largo trago.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

—Alguien me dio tus señas personales. Son bastante corrientes, pero hay algo que no te quitas de encima y que te ha delatado.

—¿De qué se trata, Néstor?

—Los pendientes.

Flossie se mordió los labios.

—Lo siento —murmuró.

—¿Por qué lo sientes? ¿Tienes algo que ocultar?

—No, claro..., pero ignoraba que alguien se hubiese fijado en los pendientes...

—Son muy bonitos y, además, las perlas son auténticas. No es corriente que una sirvienta lleve constantemente una joya tan valiosa. Por supuesto, puede hacerlo, pero, insisto: no es corriente.

—Me los regaló él.

—¿Cranmore?

—Sí.

—¿Por qué?

—Se sentía muy a gusto conmigo. Dijo que era la mejor sirvienta que jamás había tenido.

—Puede ser. Sin embargo, cuando murió, tú le habías abandonado.

Flossie se mordió los labios.

—Tuve que marcharme precipitadamente —se defendió.

—¿Lo supo él?

—Sí. Es más, me animó a que me fuese.

—Habría algún motivo de importancia.

—Desde luego.

—¿Puedo saberlo?

—No.

—Flossie...

—Lo siento, Néstor. Prefiero callar, si no te importa.

Dean hizo un gesto.

—De acuerdo. Te marchaste, él se puso enfermo y luego murió y no fuiste capaz de asistir a su entierro —acusó.

—Estaba fuera de la ciudad. Me enteré demasiado tarde.

—¿Preguntaste en el hospital?

—Claro.

—Allí estaba inscrito como Richard Jones.

—Lo sé. Ya lo había hecho en la ocasión anterior.

—Por lo visto, tenía enemigos y quería despistarlos.

Flossie asintió.

—Tú sabes, sin duda, qué buscaba esa gente —dijo.

—Y tú, ¿lo sabes? Quiero decir, si conoces el lugar donde escondió un millón y cuarto de dólares y una libreta.

—No. Extrañamente, tampoco quiso decírmelo a mí. Me apreciaba infinitamente, pero tengo la sensación de que no quería que lo abandonase, porque sospechaba que me iría si llegaba a saber dónde guardaba esa fortuna.

—Sin embargo, te marchaste sin el dinero.

—Eso fue distinto. Él lo comprendió; es más, me animó a que me fuese —respondió Flossie.

—No sé... —Dean dudó un poco—. A veces me pareces sincera...

—Lo soy, Néstor.

—Deberías recordar algún detalle que nos permitiera encontrar el dinero y la libreta —recomendó él.

—¿Por qué te interesa tanto este asunto? —preguntó Flossie repentinamente.

—El dinero no me importa en absoluto, por extraño que te pueda parecer. Lo que sí me importa es que si aparecen ese dinero y la libreta, una encantadora joven quedará libre de problemas. Ése es todo mi interés y no ningún otro.

—Debes de estimarla mucho —dijo ella.

—Es algo más que estima —respondió Dean—. Gracias por todo, Flossie.

Dean se encaminó hacia la puerta. Con la mano en el pomo, se volvió hacia Flossie.

—Me encontraste en la taberna, pero tengo la sensación de que no eres el tipo de mujer que frecuenta esos antros.

Ella sonrió.

—No, no los frecuento en absoluto.

—Gracias.

Dean salió de su casa y volvió a la taberna. Sills estaba ya allí, charlando animadamente con la *barmaid*. De cuando en cuando, alargaba una mano hacia el voluminoso escote de la mujer. Ella contestaba con alguna risita y, aunque fingía rechazarlo, lo cierto era que le dejaba hacer.

La mano del joven se posó sobre el hombro de Sills.

—Luego seguirás, Homer —dijo—. Ahora tenemos que hablar.

Sills se volvió.

—Urphex el Único, el Grande, el Inimitable —exclamó—. Aunque nos hemos hablado bastante en los últimos tiempos, lo cierto es que hacía años que no nos veíamos. ¿Tomamos una copa para celebrarlo, Mago Supremo?

—En una mesa. Sabrás dispensarnos, ¿verdad? —Se dirigió Dean a la camarera.

—Dame una botella de lo fino y dos vasos, encanto —pidió Sills.

—El asunto de la playa ha levantado bastante estrépito. La Policía lo ha relacionado con la matanza delante de la casa de

Shaddie Brareton —dijo Sills después de los primeros tragos.

—Sólo un tonto no relacionaría ambos casos —respondió el joven—. Sin embargo, no es eso lo que me interesa, aunque también esté relacionado con ese asunto. Necesito que me hagas dos cosas. Por supuesto, abonaré tus gastos y una gratificación...

—Estás sin trabajo —sonrió Sills.

—Gané bastante dinero en los últimos tiempos y tengo unos ahorros. Por ahora, prefiero descansar, antes de pedir a mi representante que me busque algún local donde volver a actuar.

—Muy bien, tú dirás, Néstor.

—Primero, quiero saber por orden de quién actuaban Auburn y Crowlech. Eran detectives profesionales y, es de suponer, trabajaban para alguien que conocía el asunto del millón y cuarto y la agenda.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Me interesaría conocer a alguien que hubiese estado estrechamente relacionado con Cranmore hará unos veinte años.

—¿Algún miembro de su banda?

—Sí, Homer.

—Fue hace unos veinte años cuando Cranmore empezó a destacar —dijo Sills pensativamente—. Desde luego, tenía hombres de confianza, pero luego, cuando llegó a la cúspide, se separaron de él... También se hacían viejos y querían retirarse, ¿comprendes?

—Me lo imagino. En los últimos años, Cranmore no se relacionaba prácticamente con nadie. Pero alguno debe de sobrevivir y tú puedes averiguarlo.

Dean dejó un billete sobre la mesa y se puso en pie. La *barmaid* le hizo unas carantoñas.

Se acercó al mostrador.

—No puedo quedarme, pero te dejaré algo como recuerdo —dijo.

Chasqueó la mano, hizo unos pases y un ramo de flores apareció repentinamente en su mano izquierda. Luego hizo unos movimientos análogos y sacó un hermoso pañuelo de seda roja y azul.

—Para ti, preciosa.

La mujer se quedó pasmada. Dean tomó el camino de la puerta y salió a la calle.

Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando algo sedoso se le

enrolló en la garganta, Trató de forcejar y notó una cosa pesada en el extremo de aquel cordón que le impedía la respiración. Antes de que pudiera hacer nada, una cosa dura golpeó con fuerza su cráneo y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO XI

Cuando despertó, se encontró en un lugar que ya conocía. Con gran sorpresa por su parte, vio que estaba sentado, pero no atado. Frente a él, Ku-Luang sonreía cortésmente.

Woo estaba detrás, con los dos brazos en cabestrillo. La mirada del gigante era todo menos tranquilizadora.

Dean presintió que tenía dos sicarios a sus espaldas. La cabeza le atormentaba, pero procuró dejar de lado el dolor.

—¿Cuál va a ser la tortura que me va a aplicar, Ku? —preguntó. El oriental sonrió.

—En primer lugar, le ruego acepte mis excusas por la forma en que le hemos persuadido para venir a mi humilde morada. Es usted un hombre muy peligroso y calculé que no querría asistir voluntariamente a esta entrevista.

—Cierto —admitió el joven—. ¿Algo más?

—Sí, desde luego, primero... ¿Chang?

Un chino se movió y se acercó después al joven con una copa en la mano.

—Beba sin temor —dijo Ku-Luang—. No tiene ningún narcótico ni nada tóxico. Si hubiésemos querido matarle, nos habrían sobrado ocasiones para hacerlo.

—Eso es muy cierto. —Dean tomó unos sorbos y devolvió la copa al esbirro—. Sin embargo, hubo momentos en que me asustaron, sobre todo, cuando me tiraron al cuello el cordón de seda con la bala de plomo. Como los «thugs» de la India, en el siglo pasado.

—Ah, los adoradores de la diosa Shiva... No era un mal procedimiento para eliminar a la gente. Pero yo, insisto, sólo quería traerle a mi casa. Ya ve, ni siquiera le guardo rencor por haberme herido en una mano.

—Me siento muy reconfortado. ¿Qué más, Ku?

Ku-Luang adelantó el torso.

—Quiero hacerle una proposición, señor Dean.

—Adelante, le escucho.

—¿Qué le parecería un setenta por ciento del botín?

Dean cruzó las piernas y fingió reflexionar.

—Entiendo que quiere proponerme que encuentre ese millón doscientos cincuenta mil dólares, más la libreta, y le entregue a usted el treinta por ciento de la suma y esa libreta, ¿no es así?

—Justamente.

—¿Cómo sabe que yo sé dónde están ambas cosas?

—Si no lo sabe, está muy cerca de averiguarlo.

Dean rió ligeramente.

—Usted es jefe de una banda. Tiene secuaces, informadores... ¿y no ha conseguido averiguar lo que yo estoy a punto de saber?

—Un proverbio chino dice: «Más vale una casualidad afortunada que mil trabajos honestos» —contestó Ku-Luang.

El joven contuvo la risa.

—Eso se lo acaba de inventar usted —dijo.

—Cierto, pero ¿verdad que es un refrán precioso? Se puede aplicar perfectamente en su caso... y yo sólo quiero extraer el jugo de su buena fortuna. Vamos, señor Dean, el setenta por ciento de un millón y cuarto de dólares es una suma que merece la pena.

—No lo dudo en absoluto y voy a serle sincero. En principio, no tengo nada que objetar a su propuesta. Pero...

Ku-Luang le miró ávidamente.

—¿Sí?

—Debo reflexionar, aunque le diré que no me muestro indiferente en absoluto a su propuesta. Pero necesito dos días de tiempo.

—Para realizar sus últimas pesquisas, sin duda.

Dean sonrió ambiguamente.

—Ya he dicho bastante —respondió.

Ku-Luang hizo un gesto con la mano sana.

—Concedido el plazo —dijo—. Le otorgo mi confianza, señor Dean. Pero no me traicione.

—¿Tiene otra rata hambrienta?

—Aquella rata, ni estaba hambrienta ni podía pasar a la caja donde estaban los pies de la señorita Stiller.

—¡Ah, ya! Tormento psicológico se llama a esa figura.

—Exactamente. Sin embargo, podría usar con usted el ataúd de las ratas. Dos.

—He oído hablar de ese tormento chino. La víctima es encerrada en una caja, que tiene un orificio a la altura del vientre. Las ratas entran por la parte inferior, muy ajustada a los miembros de la víctima. Buscan la salida, mordiendo y mordiendo... hasta que encuentra el agujero.

—Más o menos, así es —concedió Ku-Luang con una sonrisa.

—Le evitaré el trabajo de buscar dos ratas.

Dean se puso en pie.

—Siento lo ocurrido, Woo.

El gigante emitió un gruñido amenazador. Se movió un poco y el gesto le hizo lanzar un grito de dolor.

—Cuídelo mucho, Ku —se despidió el joven.

Con gran sorpresa suya, encontró el coche en la puerta de la casa del oriental. Sentóse tras el volante y sacó un pañuelo, con el que se enjugó el sudor que cubría su frente.

—Pasé miedo de veras, Mary —confesó más tarde.

Ella le miró son simpatía, mientras le servía una taza de café.

—¿Por qué será que los chinos nos aterrorizan tanto? Algunos, claro está —dijo la muchacha—. Hay un par de compañeras, de raza china, y son de lo más encantador que conozco, y también sus familias. Pero los maleantes y hampones como Ku-Luang dan verdadero pánico.

—Muy cierto —convino él—. Tal vez se debe a cierta reacción atávica, que surge en nosotros ante un peligro desconocido... en este caso, una civilización de la que no comprendemos apenas nada. Pero, en fin, Ku se portó muy bien, mucho mejor de lo que yo esperaba.

—La subasta sigue, ¿eh? —dijo Mary con ironía.

—Esa libreta debe valer... La frase «su peso en oro» no sirve, porque no pesará más que unos pocos gramos. Y alguien tiene que saber dónde está. No es lógico que Cranmore se muriese sin comunicar su secreto a nadie.

—Si lo comunicó, el dinero y la libreta habrán volado ya, Néstor.

—No lo parece. Más bien opino que lo dijo en alguna clave, que

resulta difícil de entender, Mary, ¿no recuerdas tú alguna frase especial que pudo haber dicho Cranmore? Algo que te pareciera incongruente o extraño, por ejemplo.

Ella hizo un gesto negativo.

—No —contestó—. Jamás me dijo nada de doble sentido, ni pronunció frases que me resultaran ininteligibles. Todo lo que dijo fue que tenía algo muy importante que comunicarme, pero ya lo sabes: en ese momento, yo tuve que salir de la habitación y cuando volví, ya había entrado en coma.

Dean torció la boca.

—Hay una cosa muy importante para mí —declaró—. Todo este asunto me interesa porque quiero que te dejen en paz. Si una colección de desaprensivos no pensarán que tú sabes dónde están el dinero y la libreta, yo no me molestaría en absoluto en buscarlos. ¿Comprendes?

—Néstor, eres un hombre maravilloso —sonrió Mary.

—Gracias, encanto. Por cierto, ¿a que no adivinas con quién he estado?

—No soy como tú —rió ella—. ¿Alguna persona interesante?

—El ama de llaves de Cranmore.

—Oh... No llegué a conocerla. Y, por otra parte, él no la mencionó apenas. ¿Qué te ha dicho?

Dean se pellizcó el labio inferior.

—Tenía un retrato en su casa —murmuró—. Era de un hombre anciano, con el pelo blanco, con una dedicatoria, pero no la pude leer. No, ella tampoco sabe nada. Y, ¿quieres creer que me resulta una cara conocida?

—A lo mejor la has visto antes en alguna parte y no recuerdas dónde —apuntó la muchacha.

—Tal vez. Bueno, de todas formas, presiento que esto ya se termina. He encargado a Homer un par de gestiones y cuando conozca los resultados, podré decir que estoy a punto de resolver el enigma.

—¿Te dedicarás luego a detective privado?

—¡Dios me libre! —Se aterró él—. No más complicaciones, Mary. Con un caso tengo más que suficiente y ello solo porque te he conocido a ti. ¿Comprendes los motivos?

Ella sonrió deliciosamente y se inclinó para besarle con

suavidad.

—Gracias, Néstor.

Dean quiso repetir, pero Mary se retiró vivamente.

—Dejémoslo, por ahora —rió ella—. Néstor, ¿por qué no usaste tus facultades hipnóticas con Ku-Luang?

—Había demasiada gente a mi alrededor. Podía hipnotizar a Ku, desde luego, pero no a los otros, y cuando vi el cariz que tomaban las cosas, decidí que debía salir indemne de su casa.

Se puso en pie.

—Mary, tengo que acostarme. Mañana he de moverme bastante y tendré que madrugar.

—¿Querrás que te acompañe?

—No, no será necesario. Es más, me conviene que te quedes, por si llama Sills. En tal caso, toma nota puntual de todo lo que te diga.

—Así lo haré, Néstor, descuida. Pero vigila, no te dejes sorprender otra vez.

Dean se acarició la garganta.

—La verdad es que cuando me tiraron el lazo «thug» creí llegada mi última hora —confesó.

—Vivirás muchos años —vaticinó la muchacha sonriendo.

Mediada la tarde del día siguiente, Dean regresó a su casa. Mary le recibió con ansiedad.

—Sills ha llamado no hace un cuarto de hora —le informó.

—¿Qué te ha dicho?

Mary consultó la cuartilla donde había anotado el mensaje de Sills.

—Primero, Auburn y Crowlech actuaron por orden de la hija de Cranmore. —Levantó la vista—. Eso es imposible; ella murió hace unos veinte años.

—Continúa, por favor.

—Está bien. Aún vive uno de los antiguos miembros de la banda de Cranmore, prácticamente, un fundador. Se llama Harry Rustler y era su íntimo amigo, un hombre en el que confiaba totalmente. Se retiró hace unos cuantos años y desde entonces ha vivido totalmente desvinculado del mundo del delito.

—Se ve que el delito da lo suficiente para una jubilación «honrosa» —dijo el joven cáusticamente—. ¿Tienes la dirección de Rustler?

—Sí, desde luego.

—¿Te parecería bien ir a verlo?

—No me perdería esa entrevista por nada del mundo, Néstor.

Dean apretó el brazo de la muchacha.

—Deja que me dé una ducha y me cambie de ropa —dijo.

—Cuando salgas, tendrás preparado un bocadillo...

—Una taza de café, no necesito más.

Media hora más tarde, subían al coche de Dean. Mary hizo un comentario:

—Néstor, diríase que no te ha sorprendido demasiado saber que la hija de Cranmore está viva.

—En un principio, admití la teoría de que había muerto. Yo no conocía a Cranmore ni sabía nada de sus actividades. Por tanto, no tenía motivos para dudar de su muerte.

—Y luego, de alguna manera, has llegado a la conclusión de que está viva.

—Sí, pero también ignora dónde están el dinero y la libreta.

—¿Has hablado con ella?

Dean sonrió enigmáticamente.

—¿Sabes que mañana vamos a tener mucho trabajo?

—¿Trabajo? —se sorprendió Mary—. ¿Dónde, Néstor?

—Tenemos que limpiar la casa de Cranmore.

—No entiendo nada en absoluto... ¿Qué es lo que pretendes? Si se puede saber, claro.

—Voy a convocar una reunión, para hacer uso de mi bola de cristal.

—Néstor, esto no es cosa de broma —se enfadó la muchacha.

—Precisamente. Por esa razón, pienso emplear la bola de cristal.

—No comprendo nada en absoluto...

Dean dio una palmadita en la rodilla de la muchacha.

—Un poco de paciencia, por favor.

Mary lanzó un suspiro.

—Néstor, preveo que la existencia a tu lado debe de ser una fuente continua de sorpresas —dijo.

—¿Te disgustaría?

—Sólo hasta cierto punto. Siempre que no te pases de la raya... y tú ya me entiendes.

—Mary, antes te he dicho que éste será mi primer y único caso

detectivesco. Puedo resultar sorprendente a veces, pero no cuando hago una promesa. Siempre la cumplo.

—Amén —dijo ella, a la vez que se agarraba a su brazo con ambas manos y apoyaba la cabeza en el hombro del joven.

Era casi de noche cuando llegaban ante la puerta donde vivía Rustler. Dean llamó, pero no tuvo ninguna respuesta.

—Esto me huele mal —dijo.

—Puede haber salido —alegó ella.

—Rustler es tan viejo como Cranmore. No parece lógico en un hombre de su edad salir a estas horas.

—Llama otra vez —indicó Mary.

El resultado fue idéntico. Nadie contestó.

—De todas formas, entraremos —dijo el joven.

Abrió la puerta y encendió la luz. Mary entró tras él y le vio avanzar hacia el dormitorio. De pronto, Dean se detuvo y extendió una mano.

—No sigas, Mary.

—¿Qué sucede, Néstor?

Dean inspiró con fuerza.

—Hemos llegado tarde —dijo.

Ella sintió un escalofrío.

—Tendrías que dejarme ver el cadáver —pidió.

—Muy bien, pasa.

Mary entró en el dormitorio. Estaba revuelto y Rustler, un hombre verdaderamente viejo, yacía junto a la cama. Su cara estaba amoratada. Asomaba la lengua en parte y los ojos parecían a punto de saltar de sus cuencas.

La muchacha se arrodilló junto al cadáver y tocó la piel de sus mejillas.

—Ha muerto hace un cuarto de hora —dijo.

Dean lanzó una maldición.

—Debí haber venido inmediatamente —se lamentó.

—Tú no podías saberlo...

—Pero sí pude haberlo prevenido. Sin embargo, me sentía lleno de sudor y estaba muy fatigado. Necesitaba una ducha y, si Sills no hubiera llamado, me habría estado una hora dentro de la bañera.

—Néstor, no te atormentes más. Las cosas tenían que ser así y no de otro modo. Pero es indudable que Rustler podía saber algo y su

asesino evitó que hablase.

—Tiene una cara horrible. ¿De qué ha muerto, Mary?

—Asfixia por estrangulación —diagnosticó la muchacha.

—¿Una cuerda?

—No, algo más suave. Tal vez una media... ¿Lo habrá hecho una mujer?

De pronto, Dean se inclinó y tomó algo que aparecía entre los dedos de la mano derecha del muerto. Mary contempló con curiosidad aquel trocito de seda roja, con algunas manchas azules.

—¿Qué es eso, Néstor?

—Un fragmento del arma homicida.

—¿Cómo? Rustler murió estrangulado...

—La cosa que le cortó la respiración, ¿no es un arma homicida?

—Bueno, si lo miras desde ese punto de vista...

—No hay otro, Mary —contestó él enfáticamente—. Bien, aquí ya no tenemos nada que hacer.

Lanzó una mirada al cadáver.

—El crimen te permitió retirarte y vivir de rentas, pero no te garantizaba morir en la cama —dijo.

—Es cierto —convino la muchacha—. ¿No lo registras, Néstor?

—Quizá resulte conveniente...

Dean volvió a arrodillarse. En los bolsillos de Rustler encontró una pequeña agenda, con algunas anotaciones, que leyó rápidamente. Una de ellas atrajo su atención particularmente.

—«El convidado elegido se sentará a la mesa de la fortuna» —leyó en voz alta.

—¿Qué significa eso? —preguntó Mary, llena de perplejidad.

—No lo sé. Parece una frase bíblica, aunque no la recuerdo. Sin embargo, puede tener importancia. —Dean se guardó la agenda en un bolsillo—. Vámonos ya —añadió.

Salieron de la casa. Cuando llegaban al coche, oyeron el estruendo de un automóvil que aceleraba brutalmente.

Dean volvió la cabeza. Los faros del coche le cegaron a treinta metros de distancia. El rugido del motor se hizo atronador.

—¡Al suelo, Mary!

Agarró a la muchacha por la cintura y la empujó sin contemplaciones. Cuando caían, oyó las secas detonaciones de un arma de fuego disparada con enorme rapidez.

Las balas chocaron contra la pared que tenían al otro lado y rebotaron agudamente. Luego, el coche donde viajaba el atacante giró casi sobre dos ruedas, haciendo chillar los neumáticos, y se perdió de vista en un instante.

Dean se incorporó y tendió una mano a la muchacha.

—¿Estás bien?

Mary se levantó, muy pálida.

—Nos buscaban —dijo.

—A mí —puntualizó Dean. Abrió la portezuela del coche—. Vamos, entra; hemos de irnos antes de que llegue la Policía.

Había algunos curiosos en las inmediaciones, pero no parecieron afectarse demasiado por el incidente.

—En estos barrios, los tiros son casi el pan de cada día, por desgracia —dijo él.

Cuando llegaron a su casa, Mary se dispuso a preparar la cena, Dean levantó el teléfono.

—Deseo hablar con el señor Ku-Luang —dijo a la persona que contestó a su llamada—. Soy Dean —añadió.

Ku-Luang contestó a los pocos segundos.

—Ha reflexionado sobre mi propuesta —exclamó.

—Tendrá la respuesta mañana, a las siete de la tarde en punto —dijo el joven.

—¿Por qué tanto tiempo, señor Dean?

—Mañana, a las siete —insistió el joven—. Anote esta dirección, por favor, y procure ser puntual.

—Está bien —se resignó el oriental.

—Ah, una cosa. Si va acompañado, sus chicos se quedarán fuera.

—No me fío...

—Hará lo que le digo o no tendrá mi respuesta —dijo Dean con acento que no admitía réplica.

Ku-Luang cedió finalmente. Dean llamó a Hickory a continuación y luego hizo lo propio con Shaddie Brareton. Todavía hizo un par de llamadas más. Después, fue a la cocina y pasó una mano por la cintura de la muchacha.

—Con tu permiso —sonrió.

—Concedido, pero no estés mucho tiempo así. No querrás que se me quemen las chuletas, ¿verdad?

Dean la besó en una mejilla.

—Dejaré que la cocinera despliegue todo su arte —contestó alegremente.

CAPÍTULO XII

La casa aparecía resplandeciente, oliendo a limpio y con todas las lámparas encendidas. Mary, impuesta de su papel, fue recibiendo sucesivamente a todos los visitantes.

—Hola, señor Hickory... Celebro infinito verle... ¿Cómo está, señor Ku-Luang? ¿Ya ha dado de comer a su rata? Era una rata monísima; cuando tenga crías, envíeme una... Señora Brareton, qué bien se conserva usted... No pasan los años por usted...

Shaddie bufó indignada al oír aquellas palabras.

—¿Qué comedia es ésta? —barbotó—. ¿Es que piensan tomarnos el pelo?

—Señora Brareton, soy la nueva ayudante de Urphex el Grande, el Único, quien va a tener el honor de realizar una actuación especial para todos ustedes... Perdone, aquí viene otro invitado...

Mary se acercó al recién llegado.

—Homer, ¿verdad? Tenía ganas de conocerle... Néstor me ha hablado tanto de usted... Entre, por favor...

—Néstor es un hombre con una suerte enorme —rió Sills—. Encantado de conocerla, Mary. Nunca había visto una chica tan guapa, se lo digo de verdad.

—Gracias, Homer. Pase al salón, se lo ruego.

Flossie Cooper llegó minutos más tarde.

—¿Cómo está, señora? —saludó la muchacha—. Soy Mary Stiller, la enfermera que atendió al señor Cranmore en los últimos días de su existencia. Usted era su ama de llaves, si no me han informado mal.

—Lo era, en efecto —contestó Flossie—. ¿Puedo saber por qué me han llamado a esta casa?

—El señor Dean tendrá mucho gusto en decírselo dentro de unos minutos, señora Cooper. Entre, por favor.

Flossie pasó al salón y se sorprendió al ver a cuatro personas,

sentadas ante una mesa enorme, de la que habían sido quitados los candelabros y otros motivos de adorno. La madera, oscura, brillaba como un espejo.

En la parte de la cabecera había algo cubierto con un paño blanco. Los cinco invitados guardaron un incómodo silencio, mientras se contemplaban mutuamente.

—Y bien, ¿dónde está el gran Urphex, autor de la convocatoria? —dijo Flossie de repente, con acento de impaciencia.

En el mismo instante, hubo un gran fogonazo, seguido de una especie de humareda. Cuando la atmósfera se aclaró, todos pudieron ver a Dean, ataviado en la forma que solía aparecer en el escenario.

—Señoras y señores —anunció el joven con voz campanuda—, gracias, en primer lugar, y mediante un procedimiento que está al alcance solamente de unos pocos elegidos, entre los cuales tengo el privilegio de contarme yo, vamos a conocer, por fin, el lugar donde se encuentran el dinero y cierta libreta que Cranmore dejó escondidos, cosas ambas por las que todos ustedes han luchado hasta la muerte, y no es metáfora, aunque se refiera a la muerte de otros, no a la de ustedes, claro. No se impacienten, por favor, dentro de poco, vamos a resolver el misterio y su curiosidad quedará saciada, pero antes tengo que hacer una consulta a mi bola de cristal, la esfera que me permite penetrar en lugares inaccesibles para otras mentes.

Dean movió el trapo un poco y la bola, sobre un pequeño pedestal cilíndrico, quedó al descubierto. Mary se hallaba junto a la puerta e, instruida de antemano, apagó las luces.

La bola se iluminó en aquel momento con un resplandor escarlata. Dean se acercó y su rostro tomó una expresión distinta, totalmente impresionante, llena de espectacularidad.

Las manos del joven se acercaron a la esfera roja, aunque sin tocarla. Todos los invitados le contemplaban con enorme expectación.

—Señoras y caballeros, el misterio está a punto de desvelarse —continuó, en medio de un profundísimo silencio—. Un misterio que se inició, no ya con la muerte de Grantland Cranmore, un día el zar del hampa en esta ciudad, sino mucho antes, cuando decidió esconder una parte muy sustancial del botín conseguido a lo largo

de años de depredaciones sin cuento. También decidió esconder una libreta, en la que había infinidad de anotaciones comprometedoras, y no sólo para algunos de los presentes, sino para otras personas de conducta aparentemente irreprochable. Una libreta, en fin, que podría causar una explosión de incalculables consecuencias si su contenido se hiciese público.

»Tiempo atrás —prosiguió Dean—, Cranmore gobernaba el hampa, aunque permitía cierta independencia a sus súbditos. Era, por decir así, el presidente de una confederación, cuyos tres miembros más importantes están aquí presentes. Esas tres personas, mientras vivió Cranmore, respetaron las reglas establecidas, pero, a su muerte, decidieron luchar, no tanto por el dominio de la ciudad como por el millón y cuarto de dólares y la libreta tantas veces mencionada.

»Empezaron a buscar, pero no encontraron nada. Entonces, alguien recordó que había una bonita enfermera, que había asistido a Cranmore en sus últimos momentos y de la que se sabía había simpatizado grandemente con él. Se pensó que la enfermera conocía ese secreto y se empezó a perseguirla. Y mientras tanto, se producían muertes, causadas por esa rivalidad, y también algunas otras que, aparentemente, no estaban relacionadas con la de Cranmore y a cuyo autor nadie era capaz de identificar».

Dean hizo un par de pases y la luz de la bola se acentuó. Ahora parecía un pequeño sol rojo.

—Por desgracia, y aunque se encuentren el dinero y la libreta, ninguno de los presentes podrá obtener provecho de ninguna de las dos cosas. Pertenecen a una persona que es la legítima heredera de Cranmore...

—Murió sin herederos —saltó Shaddie.

—Estás equivocada. La bola, con su poder de penetración casi infinito, me ha hecho encontrar al heredero. Heredera, mejor dicho, porque me refiero a la hija de Cranmore.

—¡Murió hace veinte años! —gritó Ku-Luang.

—Murió, pero de una forma metafórica. A veces un padre, enojado, dice de su hijo: «He acabado contigo. Para mí, has muerto», y eso es lo que pasó con la hija de Cranmore. ¿No es verdad, señora Cooper?

Cuatro rostros se volvieron inmediatamente hacia Flossie. Ella,

con el rostro escarlata, como todos, asintió.

—Sí, soy la hija de Cranmore. Y puedo probarlo... por ejemplo, con mis huellas dactilares y las que constan en los archivos de la Policía de Tráfico, donde hace veinte años se me concedió el permiso de conducción.

—¿Y el apellido Cooper? —preguntó Hickory congestionado.

—Es el de mi difunto esposo. Puedo demostrarlo con toda clase de documentos —respondió Flossie.

Shaddie se revolvió hacia el joven.

—Néstor, maldito, ¿cómo lo averiguaste?

—Había un ama de llaves en esta casa, de comportamiento un tanto incongruente. Me intrigó, empecé a hacer averiguaciones... y luego encontré en su casa un retrato de Cranmore, con una dedicatoria, que he tenido que leer cuando la dueña estaba ausente. —Dean sonrió brillantemente—. Flossie, perdone, pero tuve que hacerlo. No tenía otro remedio y así pude leer la dedicatoria: «A mi querida hija, como prenda de mi afecto y para que olvide». Suponemos qué es lo que debe olvidar usted, ¿no es cierto?

Flossie asintió.

—Me marché de casa cuando tenía veinte años. No quería seguir un minuto más. Las actividades de mi padre me repugnaban. Además, quería casarme con un tipo que estaba metido hasta el cuello en asuntos criminales. Por eso, para no perder prestigio, dijo que había muerto.

—Y volvió cuando le supo enfermo...

—Él me pidió que no mencionase nunca el parentesco. Todavía tenía enemigos y alguno podría querer tomar venganza en mí.

—Sin embargo, se marchó cuando más le necesitaba.

—Tengo dos hijos y están al cuidado de una sirvienta. Uno de ellos enfermó de gravedad. Mi padre me pidió que fuese al lado de mi hijo; por eso no estaba aquí cuando murió —explicó Flossie.

Shaddie hizo un gesto de desaliento.

—Es decir, hemos perdido el tiempo —se lamentó.

—Bueno, era un dinero que no les pertenecía —contestó Dean.

—Eso habría que discutirlo —gruñó Ku-Luang—. Fuimos socios durante muchos años y Cranmore nos engañó. De modo que si sabe dónde está el dinero, dígalos; ya le daremos una buena recompensa.

—Estoy de acuerdo contigo, Ku —dijo Hickory.

—Opino lo mismo —añadió Shaddie.

—Lo siento —sonrió Dean—. Dije antes que ese dinero tiene un heredero.

—Fue obtenido por medios criminales y servirá para fines benéficos. Tengo a mis hijos internos en un colegio y donaré la mayor parte del dinero, para que lo reacondicionen y puedan acoger aún más niños sin familia —declaró Flossie.

—Todavía no ha aparecido el dinero —dijo Shaddie con sorna.

—Es que aún no han terminado las consultas a la bola de cristal —respondió Dean, con una ancha sonrisa.

—¿Más consultas todavía? —se extrañó Hickory.

—Sí, porque hay algunos enigmas que resolver, entre ellos los de tres crímenes, que ninguno de ustedes querrán les sean achacados. Me refiero a las muertes de Auburn, Crowlech y Rustler, naturalmente, sin contar las de la playa.

Ku emitió un bufido.

—Puedo jurar que yo no he tenido parte alguna en ese asunto —dijo secamente.

—Tampoco yo —añadió Shaddie.

Hickory, más práctico, preguntó:

—¿Quién es el asesino?

Hubo un momento de silencio. Dean parecía concentrado en la contemplación de la bola de cristal.

Alguien se removió inquieto en el asiento. Las patas de la silla chirriaron desagradablemente al arrastrarse unos centímetros en el suelo.

—Flossie —dijo el joven al fin, con voz profunda—, encargó a una agencia de detectives buscasen a un hombre que, quizá, podía ponerle sobre la pista del dinero y la libreta. Alguien se enteró y los quitó de en medio, porque él ya sabía dónde estaba ese hombre y no quería que nadie más lo averiguase. Después de asesinar a los detectives, para quienes había trabajado en tiempos, el criminal fue al encuentro del hombre que conocía el secreto y, supongo, se lo sacó con torturas. Sin embargo, no tuvo tiempo de apoderarse del dinero, porque temía ser descubierto. Mary y yo estábamos aquí, adecentando la casa para la reunión y le resultó imposible entrar y ha tenido que aguardar a este momento.

—Pero ¿quién diablos es? —gritó Shaddie malhumoradamente.

Los ojos de Dean se fijaron en Sills.

—Homer, tú lo hiciste —acusó.

Sills se mantuvo impassible.

—No podrás probarlo, pero ¿cómo lo has sabido? —preguntó.

—Intentaste matarnos, después de que descubriésemos el cadáver del hombre de confianza de Cranmore. Tú mismo me indicaste su dirección, seguro de que llegarías antes y yo no sabría nunca quién lo mató. De esta forma, evitabas las sospechas. Es más, incluso creo que me llamaste desde la propia casa de Rustler.

—No tienes pruebas —dijo Sills, desafiante.

—Te equivocas, Homer.

Dean sacó algo, un trocito triangular de tela roja y azul.

—A tu amiga, la *barmaid*, le regalé un pañuelo... el mismo que te sirvió para estrangular a Rustler y del cual, la víctima, en las convulsiones de la agonía, arrancó un trozo, que quedó entre sus dedos engarfiados.

Hubo un momento de silencio. Ku-Luang fue el primero en hablar:

—¿Averiguó este individuo dónde está el dinero? —inquirió.

—Sí, pero Rustler se lo dijo, supongo, en clave, porque sabía que Flossie estaba viva y quería que ese dinero fuese para ella. Yo encontré la clave en su agenda. Dice: «Sólo el invitado elegido se sentará a la mesa de la fortuna».

Dean terminó de apartar el paño blanco y un hacha quedó al descubierto. Empuñándola con mano firme, pegó unos cuantos golpes en la cubierta de la mesa.

Se oyeron fuertes crujidos y saltaron astillas por los aires. Shaddie lanzó un grito de asombro.

Los labios de Hickory temblaron. Ku-Luang tenía los ojos fuera de las órbitas.

La cubierta superior de la mesa ocultaba un falso fondo, que se extendía en toda su estructura. Fajos de billetes quedaron al descubierto y también se vio parte de una gran libreta de tapas negras.

—El invitado elegido es, lógicamente, Flossie Cooper, Cranmore de soltera —dijo Dean.

Bruscamente, Sills, enloquecido, se puso en pie, con una pistola en la mano.

—¡Ese dinero será para mí! —aulló.

Disparó una vez. Ku-Luang cayó de bruces sobre la mesa, sin un solo grito.

Hickory sacó un revólver y apretó el gatillo, justo cuando la bala alcanzaba su corazón. Sills emitió un débil grito, saltó hacia atrás y cayó de espaldas.

Fue una escena que se desarrolló en contados segundos. Cuando los espectadores del drama quisieron reaccionar, ya había tres muertos en la estancia.

Mary encendió las luces. Dean la miró fijamente.

—Avisa a la Policía —indicó.

—Sí, Néstor.

—Bueno —suspiró la muchacha, al día siguiente—. Flossie tiene el dinero y la Policía se ha quedado con la libreta. Habrá un escándalo...

Dean, tumbado en la arena, con las manos bajo la cabeza y los ojos cerrados, dijo:

—Eso no nos concierne en absoluto, cariño. Ya se las arreglarán... quienes sean.

—¿Te decepcionaste al saber que Homer era un asesino?

—A decir verdad, sospechaba de él. Su conducta no era... digamos honesta. Andaba en malos pasos y, a la fuerza, tenía que sentirse atraído por el botín.

—Rustler, en el fondo, era un buen hombre y quería que Flossie se quedase con el dinero.

—Así ha sido, encanto.

—He hablado con Flossie esta mañana. Dice que me enviará un cheque, para que pueda terminar mis estudios. ¿Qué hago, lo acepto?

—Es dinero que tiene un origen oscuro, pero su destino no puede ser más benéfico —contestó Dean.

—Néstor, ¿qué planes tienes? —quiso saber Mary.

—Yo también he hablado con mi representante. Creo que me va a conseguir un buen contrato. Lo aceptaré, siempre que no tenga que alejarme de la ciudad.

De pronto, se sentó en el suelo y atrajo a la muchacha hacia sí.

—Mary, ¿has oído hablar alguna vez del flechazo?

—Sí, Néstor.

—Es lo que yo sentí cuando te vi por primera vez. Entonces me dije: «Voy a casarme con esta muchacha. Será la mujer de mi vida y estaré siempre a su lado». ¿Qué me contestas?

Ella sonrió dulcemente.

—A mí también me pasó algo parecido, aunque, sin embargo, no tan fulminante. Pero, claro, yo estaba en desventaja.

—¿Desventaja? —se extrañó Dean.

—¡Claro, no tenía una bola de cristal para consultarle el porvenir!

Dean sonrió y la besó dulcemente.

—Querida, puedo jurarte que la bola de cristal no tuvo nada que ver en mi visión de nuestro futuro —dijo solemnemente.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

